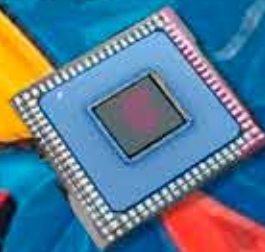


FORTÍN\

REVISTA DIGITAL SOBRE POLÍTICA, GESTIÓN Y PENSAMIENTO ESTRATÉGICO
EN TORNO A LA DEFENSA NACIONAL Y SU DIMENSIÓN PÚBLICA



IA Y DEFENSA NACIONAL
LA EMERGENCIA DE UN NUEVO
HORIZONTE ESTRATÉGICO





Anónimo. Custodia Nacional: Territorio y Estrategia.

INTELIGENCIA ARTIFICIAL Y DEFENSA NACIONAL UNA NUEVA FRONTERA DEL PENSAMIENTO ESTRATÉGICO

La inteligencia artificial ha dejado de ser un horizonte lejano para convertirse en una dimensión estructural de la vida contemporánea. Su despliegue atraviesa la salud, el comercio, la producción, la comunicación y, por supuesto, la defensa. Allí donde la disputa militar se definía por el volumen de la fuerza o la capacidad logística, hoy puede definirse por un algoritmo. La defensa nacional se enfrenta así a un cambio de escala que exige nuevos marcos de pensamiento y decisión.

La operación “Spiderweb”, ejecutada por Ucrania mediante drones guiados por inteligencia artificial capaces de completar su misión aun sin conexión remota, se ha vuelto un hito icónico. No solo confirmó que la inteligencia artificial ya no es un escenario hipotético sino una realidad operativa que marcó un punto de inflexión: el modo de combate cambió para siempre. La guerra en Ucrania es hoy una guerra de drones a gran escala, y “Spiderweb” quedará en los libros de historia como el momento en que el campo de batalla ingresó definitivamente en la era algorítmica.

Pensar la defensa en este contexto supone interrogar hasta dónde puede automatizarse la decisión militar, qué lugar ocupa el error algorítmico y qué límites políticos deben sostener la acción tecnológica.

Durante el Foro Internacional de Inteligencia Artificial y Defensa Nacional, desarrollado en la UNDEF, estas

preguntas emergieron con fuerza. No como respuestas cerradas, sino como interrogantes políticos que atraviesan la soberanía nacional. Porque la autonomía tecnológica no se reduce a la adquisición de equipamiento: requiere gobernanza de datos, marcos regulatorios, interoperabilidad institucional y una arquitectura estatal capaz de decidir qué se delega y qué no se delega a las máquinas.

La inteligencia artificial multiplica capacidades en ciberdefensa, pero también abre vulnerabilidades; permite planificar operaciones, pero puede diluir las responsabilidades; ofrece eficiencia, pero puede generar dependencia. No se trata solo de tecnología, sino de poder. La cuestión de fondo es qué modelo de defensa y qué proyecto de Estado orientan su desarrollo e integración.

La defensa nacional no puede limitarse a ser usuaria de tecnologías producidas en otros contextos. Debe ser protagonista de un diseño propio, capaz de articular universidad, Fuerzas Armadas, sistema científico-tecnológico y dirigencia política. En tiempos de algoritmos, la soberanía no se declama: se construye.

Este número de Fortín está dedicado a esa tarea. A pensar la inteligencia artificial como un campo de disputa, de innovación y de responsabilidad colectiva. Porque el futuro de la defensa será también el futuro de las decisiones que tomemos hoy frente a esta nueva frontera.

Fotografía: Ministerio de Defensa de Ucrania



DOSSIER

INTELIGENCIA ARTIFICIAL Y DEFENSA NACIONAL: LA EMERGENCIA DE UN NUEVO HORIZONTE ESTRATÉGICO

Inteligencia Artificial y Defensa: un análisis contemporáneo

Brian **Fonseca** y Nicole **Writt**

Cómo la inteligencia artificial está transformando la defensa y la ciberseguridad, y los desafíos éticos y estratégicos que plantea su uso en conflictos modernos 04\

IA y operaciones militares: una cuestión de soberanía y arquitectura

Kelli **De Faria Cordeiro**

Desafíos de la inteligencia artificial en operaciones militares: desde la gobernanza de datos hasta la integración tecnológica en escenarios de defensa 09\

Una nueva gramática del conflicto

Mesa Editorial de la **Revista FORTÍN**

El ciberespacio inaugura un nuevo régimen del conflicto: guerra sin frentes, algoritmos como armas y soberanías desafiadas en lo invisible. 12\

Principios antiguos, dilemas nuevos. el derecho en la guerra

Mesa Editorial de la **Revista FORTÍN**

El derecho internacional humanitario frente a la guerra tecnológica: drones, IA y dilemas de responsabilidad en el conflicto ruso-ucraniano. 16\

DEBATES

PERSPECTIVAS ESTRATÉGICAS: EL ESCENARIO INTERNACIONAL Y NACIONAL

Transición intersistémica: el conflicto como norma

Mesa Editorial de la **Revista FORTÍN**

Salimena analiza la transición del sistema internacional: de la unipolaridad a la multipolaridad, la lucha por el poder entre potencias y el lugar de Argentina en un mundo en competencia 20\

Realismo y diplomacia frente al nuevo desorden internacional

Julio Ramón **Lascano** y **Vedia**

La fragilidad del multilateralismo, el avance de actores transnacionales y la presión tecnológica configuran un escenario inestable que exige repensar la geopolítica con nuevas herramientas 27\

Georgia, territorio ocupado y resistencia estratégica

Mesa Editorial de la **Revista FORTÍN**

Georgia muestra que los conflictos se incuban mucho antes de estallar: alianzas, resiliencia y derecho internacional como claves de defensa 31\

La geopolítica y el signo de los tiempos

Adolfo **Koutoudjian**

Pensar la Argentina en clave 2050: defensa, ciencia y economía como ejes de un mismo tablero estratégico 33\

La estrategia de Educar: ciudadanía, defensa y futuro

Julio César **Spota**

La Educación en la preservación de los intereses vitales de la Nación y en la preparación de los argentinos para los desafíos del siglo XXI 36\

Saigón, 8 de mayo. Correrá mucha sangre...

Luciano **Zaldarriaga**

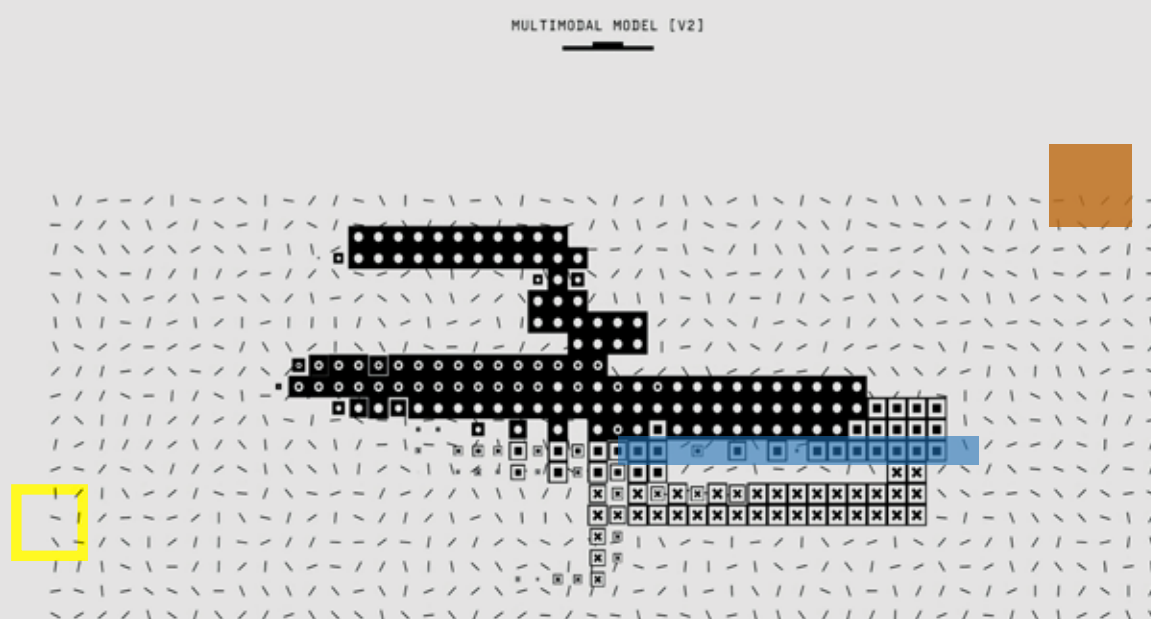
Ezcurra dejó su vida en Vietnam persiguiendo la verdad de la guerra. Sus crónicas lograron transmitir el miedo, la resistencia y la humanidad en medio del conflicto 40\

DOSSIER

INTELIGENCIA ARTIFICIAL Y DEFENSA

UN ANÁLISIS CONTEMPORÁNEO

Por Brian **Fonseca**, Director del Jack D. Gordon Institute for Public Policy en Florida International University, y Nicole **Writt**, Coordinadora de Investigación del Jack D. Gordon Institute, FIU.



PATTERN RECOGNITION: habilidad de la IA para identificar tendencias, anomalías y correlaciones invisibles para el ojo humano

La inteligencia artificial es la nueva frontera de la guerra. Máquinas que piensan, deciden y actúan a velocidades inimaginables están cambiando de manera fundamental la forma en que se conciben y se libran los conflictos internacionales.

¿Cómo, y con qué riesgos, transformará la IA el campo de la defensa?

La inteligencia artificial (IA) tiene sus orígenes en investigaciones de mediados del siglo XX, pero fue en las últimas décadas cuando su desarrollo y aplicación cobraron un ritmo acelerado. Lo que comenzó como una disciplina experimental se ha convertido en una infraestructura transversal que impacta todos los sectores de la vida social, incluyendo, por supuesto, la seguridad y la defensa.

En este nuevo escenario, toda organización debe pensarse como una organización tecnológica. El Ejército, la Armada y la Fuerza Aérea no operan al margen de la transformación digital: son y serán organizaciones estructuralmente atravesadas por la rápida evolución tecnológica, especialmente la inteligencia artificial. Esto plantea un desafío profundo, no solo técnico, sino también institucional, estratégico y cultural.

La IA no será un simple complemento: será un factor disruptivo que alterará las formas tradicionales de planificar, operar y tomar decisiones.

El ritmo de evolución de la inteligencia artificial supera con creces la capacidad de los marcos institucionales y regulatorios para seguir su transformación. La brecha entre el estado del arte en la investigación científica y las aplicaciones disponibles en el dominio público no deja de ampliarse. Tecnologías como los modelos de lenguaje generativo, que ganaron visibilidad global con la aparición de sistemas como ChatGPT, representan apenas una fracción de lo que se está desarrollando en laboratorios de vanguardia. Desde el punto de vista técnico, se estima que la ciencia vinculada a la IA ha avanzado al menos dos o tres generaciones más allá de lo que actualmente está disponible de manera comercial o pública.

Esta brecha es relevante por varias razones. En primer lugar, porque limita la capacidad de los gobiernos y las sociedades para anticipar el impacto de tecnologías que aún no han llegado al mercado pero cuya implementación podría ser inminente. En segundo lugar, porque consolida una asimetría de información y poder en favor de quienes tienen acceso a los desarrollos más avanzados —generalmente grandes corporaciones y actores estatales con importantes recursos— en detrimento del resto de la comunidad internacional. Esta dinámica robustece un modelo de innovación cerrado, opaco y difícil de gobernar.

Las múltiples clasificaciones que organizan el campo de la inteligencia artificial —inteligencia estrecha, general o superinteligencia; máquinas reactivas, de memoria limitada o autoconscientes— son útiles en entornos técnicos o académicos, pero explican poco sobre cómo estas tecnologías están reconfigurando el equilibrio global de poder y la toma de decisiones. El debate no debería centrarse tanto en qué tipo de IA podría desarrollarse en el futuro, sino en cómo se está utilizando hoy: con qué capacidades, en manos de quién, y bajo qué niveles de supervisión política y social. En el ámbito de la defensa, lo que está en juego no es una definición teórica, sino la emergencia de sistemas capaces de procesar datos en tiempo

real, anticipar escenarios y proponer cursos de acción, muchas veces sin intervención humana directa. En ese desplazamiento silencioso —del asesoramiento al reemplazo— se concentra uno de los dilemas más urgentes de nuestra época.

Existe un debate global en torno a la inteligencia artificial y la interacción humano-máquina. Este es un eje crítico para pensar el diseño de doctrinas, protocolos de uso y límites éticos en contextos de seguridad. Un enfoque posible identifica cuatro formas principales de interacción, que estructuran el modo en que se conciben y aplican estos sistemas.

La primera modalidad concibe a la máquina como asesora: en este rol, los sistemas de IA proveen análisis, recomendaciones y perspectivas que apoyan la toma de decisiones humanas. Por ejemplo, en entornos académicos y militares, se desarrollan tableros de control (dashboards) que procesan grandes volúmenes de datos para facilitar la inteligencia y orientar decisiones estratégicas. La máquina actúa como un complemento que ayuda a filtrar y organizar la información, permitiendo a los decisores enfocarse en las opciones más relevantes. En esta relación, el humano conserva el control final y puede decidir cuándo y cómo interactuar con la máquina.

La segunda modalidad refiere a la máquina como extensión del ser humano. En este caso, la IA automatiza tareas repetitivas o complejas que amplifican la capacidad operativa del agente humano. Esto permite mejorar la eficiencia y liberar recursos cognitivos para actividades de mayor valor estratégico. Por ejemplo, la automatización de procesos logísticos o el apoyo en el análisis de inteligencia se inscriben en esta categoría.

El tercer modelo implica que las máquinas actúen como colaboradoras. Aquí, la interacción es más integrada y cooperativa, con máquinas que trabajan directamente junto a humanos en la ejecución de tareas. Un ejemplo típico es el uso de drones operados en conjunto con personal de seguridad para detectar artefactos explosivos improvisados. Estas máquinas no solo extienden la capacidad humana, sino que participan activamente en el proceso operativo, funcionando como compañeras en el terreno.

Finalmente, la cuarta modalidad posiciona a las máquinas como agentes autónomos, capaces de actuar en nombre del humano a gran escala y sin intervención directa en cada acción. Este es el nivel más avanzado y controvertido, ya que implica delegar decisiones y operaciones críticas a sistemas automatizados. En contextos de seguridad y defensa, esta modalidad puede ofrecer ventajas competitivas significativas, pero plantea importantes interrogantes sobre responsabilidad, control y ética.

Estas cuatro formas de interacción resumen cómo la IA se está integrando progresivamente en las fuerzas armadas y en las organizaciones de seguridad, transformando sus estructuras y modos de operación.

Al mismo tiempo, el debate sobre la convergencia entre inteligencia artificial y ciberseguridad cobra una centralidad creciente, dado que la expansión de los sistemas digitales abre nuevas vulnerabilidades y vectores de ataque. En Estados Unidos, por ejemplo, se han desarrollado amplias estrategias destinadas a fortalecer la capacidad humana para enfrentar amenazas cibernéticas emergentes, al tiempo que se reconoce el papel creciente de la IA en este terreno.

La convergencia entre IA y ciberseguridad

La rápida proliferación de dispositivos conectados a redes globales —con un nuevo equipo incorporado aproximadamente cada 1,6 segundos— expande de

forma exponencial la superficie de ataque digital y complejiza el panorama de amenazas. Esta expansión no solo afecta a infraestructuras civiles o económicas, sino que impacta directamente a las instituciones militares, que deben afrontar un escenario de creciente sofisticación y escala en los ciberataques. América Latina, y en particular sus fuerzas armadas, ya han sido blanco de ofensivas cibernéticas por parte de organizaciones criminales, con objetivos que van desde la obtención de inteligencia hasta el sabotaje y la guerra informacional.

Este fenómeno de fusión entre inteligencia artificial y ciberseguridad se manifiesta con gran intensidad y rapidez, lo que obliga a repensar la estrategia y las capacidades defensivas. En el análisis de este vínculo, es posible distinguir dos grandes categorías operativas: ofensiva y defensiva, o, dicho de otro modo, estar en el campo de batalla o en el banco técnico, supervisando y analizando.

En términos generales, las organizaciones militares desempeñan un rol mayoritariamente defensivo, si bien existen capacidades limitadas y reguladas para la acción ofensiva. La mayoría de los esfuerzos se concentra en proteger sistemas, detectar anomalías, predecir amenazas y desarrollar mecanismos automáticos para identificar y neutralizar ataques en tiempo real. Esta función es crítica no solo para instituciones estatales, sino también para individuos y

Fotografía: Fernando Calzada



y empresas, que recurren a servicios avanzados para monitorear constantemente los riesgos digitales.- tiempo real.

Una de las innovaciones más relevantes en el campo defensivo es la incorporación de sistemas automatizados de prueba de penetración. Tradicionalmente, esta tarea requería especialistas humanos que simulaban ataques para identificar vulnerabilidades. Hoy, máquinas dotadas de inteligencia artificial comienzan a desempeñar ese papel, aumentando la capacidad de detección de brechas y mitigación de riesgos. Si bien sigue siendo necesaria la formación de profesionales calificados, la complementariedad con tecnologías avanzadas es esencial para cerrar la brecha entre la demanda y la oferta de recursos humanos en ciberseguridad. En el plano ofensivo, actores criminales y adversarios explotan la inteligencia artificial para potenciar sus métodos de ataque. Emplean malware con capacidad de autoaprendizaje, amplifican el alcance de ataques de ransomware y llevan a cabo sofisticadas operaciones de ingeniería social. Estas herramientas se dirigen no solo contra objetivos militares directos, sino también contra proveedores y empresas que forman parte de las cadenas de suministro vinculadas a la defensa, incrementando así la vulnerabilidad sistémica.

Además, la IA contribuye a la expansión de campañas masivas de desinformación mediante el uso de bots capaces de generar narrativas falsas en redes sociales a una escala y velocidad imposibles de replicar por operadores humanos. Este fenómeno afecta la percepción pública y la cohesión social, elementos esenciales para la estabilidad de los Estados en contextos de conflicto.

ÉTICA Y LETALIDAD AUTÓNOMA

El debate sobre el uso letal de la inteligencia artificial ha cobrado creciente relevancia, especialmente en Estados Unidos, pero también a nivel global. La pregunta central es si resulta admisible que las máquinas puedan tomar decisiones autónomas sobre el uso de la fuerza letal, desplazando la intervención humana directa. Aunque la doctrina actual evita delegar completamente estas decisiones, ya existen sistemas automatizados en funciones críticas como la defensa activa, donde el margen de tiempo para

reaccionar es mínimo. Estos casos evidencian la tensión entre la necesidad de velocidad y precisión operativa y los imperativos éticos de control y responsabilidad.

OTORGAR A UNA MÁQUINA LA AUTORIDAD PARA TOMAR DECISIONES SOBRE LA VIDA O LA MUERTE EXIGE UNA REGULACIÓN ESTRICTA Y UNA REFLEXIÓN CUIDADOSA

Un ejemplo es el sistema de misiles superficie-aire, que debe responder a amenazas en cuestión de segundos. Si bien una decisión rápida puede salvar vidas, también conlleva el riesgo de errores catastróficos, como el derribo accidental de una aeronave civil. En 1988, por ejemplo, la Armada de Estados Unidos derribó por error un avión comercial iraní, provocando la muerte de las 290 personas a bordo: **una trágica consecuencia del error humano.**

Frente a estos dilemas, se han desarrollado marcos éticos para guiar el uso responsable de la IA en el ámbito de la defensa. El Departamento de Defensa de EE.UU. adoptó cinco principios fundamentales para el desarrollo y uso de IA con fines militares: responsabilidad (asegurar la supervisión humana en las decisiones), equidad (evitar sesgos no deseados), trazabilidad (garantizar la transparencia de los métodos), confiabilidad (exigir desempeño constante y predecible) y gobernabilidad (garantizar la posibilidad de desconectar o desactivar los sistemas si actúan de forma inesperada).

Estos principios buscan equilibrar el avance tecnológico con la preservación de valores fundamentales, recordándonos que, más allá de las máquinas, la dimensión humana debe seguir ocupando el centro de las decisiones que pueden afectar la vida o la muerte.

A medida que se otorga mayor autonomía a los sistemas, resulta imprescindible contar con mecanismos eficaces para desactivarlos con rapidez en caso de un comportamiento indeseado. El diseño de estos sistemas debe contemplar un "botón de apagado" confiable, junto con monitoreo humano constante, transparencia y trazabilidad en las decisiones.

En América Latina, donde la regulación sobre IA se encuentra aún fragmentada y en etapas dispares, es necesario encontrar un equilibrio entre fomentar la innovación y establecer resguardos efectivos. Una vía posible son los marcos regulatorios que promueven los llamados **regulatory sandboxes** o entornos de prueba controlados, donde las nuevas tecnologías puedan ser evaluadas en condiciones seguras, con la supervisión adecuada. Sin embargo, esta es apenas una medida inicial: la cooperación regional será esencial para desarrollar marcos similares que garanticen continuidad y coherencia en la región.

La inteligencia artificial está transformando el ámbito de la defensa y la seguridad, planteando desafíos tecnológicos, estratégicos y éticos sin precedentes. Frente a estas transformaciones, resulta esencial fortalecer la cooperación regional, promover un diálogo inclusivo entre actores gubernamentales, académicos y del sector privado, y construir marcos éticos compartidos que regulen el despliegue de estas tecnologías. La formación continua y los ejercicios conjuntos serán fundamentales para integrar la IA y la ciberseguridad en las instituciones militares de forma eficaz y alineada con los valores democráticos. 



INTELIGENCIA ARTIFICIAL Y OPERACIONES MILITARES: UNA CUESTIÓN DE SOBERANÍA Y ARQUITECTURA

Por Kelli **De Faria Cordeiro**, Coordinadora técnica de comando y control de operaciones conjuntas, Estado Mayor Conjunto de las Fuerzas Armadas brasileñas

La irrupción de la inteligencia artificial (IA) como recurso de apoyo a operaciones militares plantea desafíos que trascienden lo meramente técnico. No se trata solo de incorporar una solución innovadora, sino de adaptar la lógica de una estructura organizacional que históricamente ha gestionado la incorporación de nuevas tecnologías al ámbito operativo. El ciclo entre las fases de preparación y empleo de tecnologías de apoyo a las operaciones militares se ve tensionado por una herramienta que evoluciona a gran velocidad y cuya capacidad disruptiva acelera también la obsolescencia de los instrumentos institucionales de planificación, control, gobernanza y ejecución. La pregunta ya no es si la IA será incorporada a las operaciones militares conjuntas, sino cuándo y con qué nivel de impacto.

Una iniciativa que busque incorporar inteligencia artificial al ámbito de la defensa debe comenzar por una aclaración conceptual. ¿Qué significa, exactamente, "IA" desde una perspectiva operativa militar? Más allá de las múltiples definiciones disponibles, hay un consenso básico: la IA aplicada a la defensa es importante y modificará el escenario operativo. En este artículo adoptamos una definición centrada en

el aprendizaje automático: una forma de inteligencia artificial orientada al desarrollo de soluciones que aprenden a partir de datos. Sin embargo, esa capacidad de aprendizaje no es inherente a la máquina; es el resultado de la articulación de distintos elementos.

Un modelo entrenado no surge de manera espontánea: necesita un algoritmo que lo genere y una base de datos que lo alimente. Una solución de aprendizaje automático está compuesta por tres elementos básicos (modelo, algoritmo y datos) además de la infraestructura computacional necesaria para procesarlos. Solo cuando estos elementos se configuran y parametrizan de forma coherente es posible obtener un resultado consistente.

El modelo funciona como un estudiante, el algoritmo como su docente y los datos como el material de estudio. El nivel de precisión del modelo dependerá de la correcta parametrización del algoritmo y de la calidad de los datos utilizados en el entrenamiento. Aplicada a las operaciones militares, esta arquitectura adquiere una especificidad muy particular. Un modelo genérico, entrenado con datos abiertos o provenientes de entornos civiles, no posee el conocimiento necesario para responder a las particularidades de la defensa.



Las imágenes de un puerto turístico o comercial no contienen el mismo tipo de información que un entorno de operaciones navales; del mismo modo, clasificar embarcaciones de recreo no equivale a clasificar naves que representan un contacto de interés operativo. La IA para la defensa necesita datos del ámbito de la defensa. Y esos datos, por su naturaleza crítica y sensible, solo pueden ser gestionados por quienes los producen y resguardan: las propias fuerzas armadas. Esta condición, que puede parecer evidente a primera vista, tiene implicancias profundas. Significa que ninguna solución inteligente con aplicación operativa será verdaderamente eficaz si no se construye internamente y con datos propios del sistema de defensa.

La cuestión de los datos, en este sentido, no es simplemente un componente más del ecosistema de IA: es su base estructural. El problema no radica solo en su volumen o en su formato, sino en su valor estratégico. En un entorno dominado por el big data y la proliferación de sensores, la información circula en grandes cantidades, aunque muchas veces de forma fragmentaria y sin curaduría. En defensa, sin embargo, lo que importa no es la acumulación indiscriminada, sino la capacidad de organizar, depurar y proteger esa información. Esto requiere recursos materiales y humanos: infraestructura adecuada, equipos técnicos capacitados, normativas claras y mecanismos robustos de gobernanza.

Sin estos elementos, la soberanía tecnológica puede quedar comprometida. La gobernanza de los datos de defensa —su control y su trazabilidad— no puede ser delegada, dada la sensibilidad de la información, cuyo valor estratégico crece a medida que se integra, se agrega y se analiza. Tener dominio sobre los datos que alimentan los modelos es ejercer soberanía sobre la IA de defensa.

A medida que crecen las soluciones de IA utilizadas en acciones estratégicas por parte del sector privado, se observa una tendencia a migrar los datos desde proveedores remotos de nube hacia entornos propios —on-premise— con infraestructura física localizada dentro de las instalaciones. Esta estrategia es una condición necesaria para las soluciones inteligentes en defensa, dadas las implicancias estratégicas de sus datos.

Un centro de datos militar no se reduce a un conjunto de servidores: requiere sistemas complejos de refrigeración, suministro energético redundante, seguridad física, respaldo de la información, mantenimiento especializado y personal técnico altamente capacitado. Además, debe tener capacidad de adaptación a la rápida evolución del hardware, especialmente en un campo como la inteligencia artificial, donde los requerimientos técnicos cambian de forma constante. Los procesadores utilizados para el entrenamiento de modelos han pasado de las GPU a las TPU, y hoy proliferan chips diseñados para funciones específicas, lo que acorta el ciclo de vida de cada inversión. Frente a ese escenario, la adquisición de equipamiento puede resultar menos eficiente que la contratación de servicios que incluyan la actualización periódica de la infraestructura. De ese modo, la carga de la obsolescencia tecnológica recae sobre el proveedor, y no sobre el Estado.

La limitación de recursos hace cada vez más necesaria la planificación de proyectos conjuntos. En un escenario donde el desarrollo de sistemas de inteligencia artificial es costoso y técnicamente exigente, se vuelve prioritario optimizar el uso de la infraestructura computacional y compartir modelos entrenados. El diseño conjunto de soluciones reduce la necesidad futura de generar mecanismos de interoperabilidad, al haber sido concebidas desde un inicio de forma integrada.

La inteligencia artificial aplicada a la defensa constituye un desafío institucional. Para que una solución alcance el plano operativo, debe atravesar un proceso complejo con múltiples capas: infraestructura de conectividad, capacidad computacional, plataforma de datos, entrenamiento de modelos y aplicación en escenarios reales. Cada una de estas etapas requiere equipos especializados. El reto no es solo desarrollar tecnología, sino coordinar un desarrollo multidisciplinario y asegurar su integración efectiva a los entornos operativos.

Como en todo proceso de incorporación tecnológica, también aquí se vuelve indispensable una regulación. Sin embargo, regular una tecnología en proceso de maduración implica ciertos riesgos, dada la incertidumbre propia de su evolución. Por eso, una estrategia conservadora basada en ciclos evolutivos breves podría ser una vía prudente para mitigar esos riesgos.

La inteligencia artificial no aparece como una invención repentina, sino como el resultado de una larga maduración. Durante décadas, los algoritmos y modelos matemáticos del aprendizaje automático fueron perfeccionándose, aunque sin el volumen de datos necesario para volverlos operativos.

Más tarde, con la proliferación de sensores, cámaras y dispositivos conectados, surgió el big data que permitió alimentar esos modelos con datos de entrenamiento. Entonces apareció una nueva limitación: la falta de capacidad de cómputo suficiente para generar los modelos en tiempos razonables. Solo cuando los tres elementos —algoritmos, datos y procesamiento— convergieron, las soluciones inteligentes empezaron a mostrar resultados concretos en entornos reales. En todos los contextos, el camino es similar: iniciativas de gobernanza de datos, inversión en infraestructura y experimentación con algoritmos.

Está claro que la inteligencia artificial no es una moda pasajera. Pero es necesario un enfoque crítico que distinga qué resultados son verdaderamente aplicables en escenarios operativos y cuáles forman parte de un imaginario todavía especulativo. Solo así será posible dar los primeros pasos minimizando riesgos. Además, **el ciclo de preparación y empleo debe ser coherente con la cultura organizacional** de cada institución, con un objetivo claro: garantizar la soberanía sobre una tecnología que puede representar una ventaja decisiva en los nuevos tipos de conflicto que emergen con el avance de la IA. 

Infraestructura crítica para operaciones basadas en IA y análisis de datos.



UNA NUEVA GRAMÁTICA DEL CONFLICTO

Por Mesa Editorial de la Revista FORTÍN\

A lo largo de la historia, la organización del conflicto se estructuró en torno a los dominios físicos tradicionales: tierra, mar, aire y, más recientemente, el espacio exterior. Cada uno de estos entornos impuso límites materiales y epistemológicos al ejercicio del poder, la defensa y la agresión. Sin embargo, en las últimas décadas emergió un nuevo entorno cuya lógica y materialidad escapan a esas coordenadas: el ciberespacio.



Lejos de ser una simple prolongación digital de los espacios conocidos, constituye una discontinuidad ontológica: un entorno con reglas propias que desestabiliza las categorías heredadas de soberanía, presencia, territorio y jurisdicción.

El ciberespacio no es una abstracción desvinculada de lo material. Por el contrario, su existencia se sustenta en una infraestructura física concreta: servidores, redes, dispositivos, cables submarinos, centros de datos y nodos energéticos. En palabras de Lorena Pereyra Gualda, analista de ciberseguridad en la Subsecretaría de Ciberdefensa, lo que define al ciberespacio no es dicha infraestructura, sino su lógica

operativa, que rompe con las nociones tradicionales de localización, causalidad lineal y territorialidad. En ese entorno, las acciones pueden desplegarse sin desplazamiento físico reconocible, los efectos pueden demorarse en el tiempo, y las identidades pueden multiplicarse, replicarse o camuflarse en arquitecturas distribuidas.

Esta materialidad y lógica particular se evidencian en conflictos recientes donde la guerra cibernética ha sido protagonista. El enfrentamiento entre Rusia y Ucrania ejemplifica cómo el ciberespacio se convierte en un campo de batalla estratégico y tangible. Los ataques digitales rusos no sólo buscaron infiltrar

sistemas informáticos y desestabilizar instituciones, sino que lograron efectos físicos concretos. Destacan los ciberataques a la red eléctrica ucraniana en 2015 y 2016, que dejaron sin suministro eléctrico a cientos de miles de personas, un hecho sin precedentes que demostró la vulnerabilidad de infraestructuras críticas ante acciones digitales. Operaciones coordinadas impactaron sistemas financieros, gubernamentales y mediáticos, buscando socavar la confianza pública y la capacidad de respuesta estatal. Estos episodios ilustran cómo el dominio de flujos digitales puede traducirse en poder real y daño tangible.

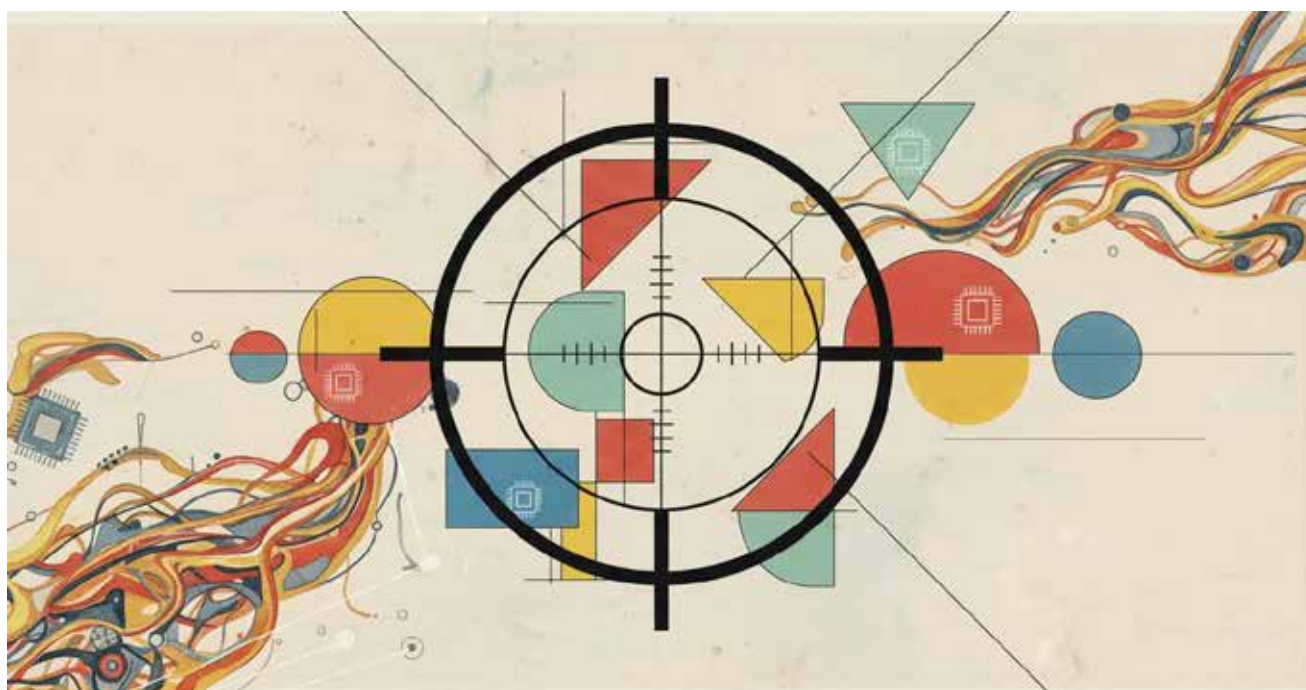
El caso ruso-ucraniano también pone en evidencia la incorporación creciente de tecnologías disruptivas, como la inteligencia artificial, que complejizan la detección, atribución y mitigación de ataques. **La velocidad y autonomía que ofrece la IA en sistemas de ciberarmas autónomos introduce un nuevo nivel de incertidumbre estratégica**, donde las decisiones operativas pueden estar mediadas por algoritmos que actúan con un margen mínimo o nulo de intervención humana directa.

Esta ruptura conceptual exige repensar las coordenadas de la acción estratégica. Las operaciones en el ciberespacio no dependen de la ocupación física, sino del dominio de flujos, códigos y arquitecturas distri-

buidas. En este sentido, la noción de ciberdefensa no puede reducirse a un mero esquema técnico de protección de redes. Se trata de un campo estratégico en disputa, que redefine el modo mismo en que se configura el conflicto.

La incorporación de tecnologías disruptivas como la inteligencia artificial (IA) acelera esta transformación. En su versión más avanzada, la IA habilita el diseño de sistemas autónomos capaces de ejecutar ciberoperaciones sin intervención humana directa. Estas herramientas, integradas a lo que se conoce como Sistemas de Ciberarmas Autónomos, pueden detectar vulnerabilidades, penetrar infraestructuras, mantenerse latentes y activarse en función de parámetros predefinidos. En el plano operativo, esto introduce una nueva dimensión de incertidumbre: ya no se trata sólo de anticipar ataques humanos, sino de prever decisiones tomadas por sistemas entrenados con datos y reglas de decisión probabilísticas.

La autonomía de estos sistemas plantea dilemas inéditos desde el punto de vista normativo y ético. ¿Cómo se garantiza el cumplimiento del derecho internacional humanitario en un entorno donde las decisiones pueden estar mediadas por algoritmos? ¿Quién responde por los efectos de un ciberataque autónomo que compromete infraestructuras civiles?



¿Puede un sistema distinguir entre un nodo militar y un hospital, si ambos están alojados en servidores similares? ¿Dónde se localiza la responsabilidad política o jurídica cuando el accionar bélico depende de capas algorítmicas opacas incluso para sus diseñadores?

Estas preguntas no son retóricas. La lógica distribuida y transnacional del ciberespacio desafía los marcos tradicionales de atribución, control y rendición de cuentas. A esto se suma el carácter dual de muchas tecnologías cibernéticas, utilizadas tanto en ámbitos civiles como militares. Herramientas desarrolladas con fines legítimos pueden ser rápidamente adaptadas como instrumentos ofensivos. A diferencia de los arsenales convencionales, el diseño y la puesta en funcionamiento de una ciberarma pueden estar al alcance de individuos o grupos no estatales con competencias técnicas y acceso a plataformas abiertas. Este escenario habilita una forma de proliferación tecnológica difícil de rastrear y de regular, especialmente en espacios como la dark web.

Una ciberoperación puede considerarse un acto de guerra si sus efectos son comparables, en escala e impacto, a los de un ataque armado convencional.

Más aún, el carácter intangible del entorno digital no le exime de producir consecuencias físicas. La paralización de una red energética, la alteración de datos biométricos, la manipulación de sistemas de navegación o el sabotaje de servicios críticos no son ficciones futuristas: son efectos tangibles, posibles e incluso verificados en diversos episodios recientes.

En este nuevo régimen del conflicto, el concepto mismo de uso de la fuerza debe ser revisitado. Algunos informes internacionales sostienen que una ciberoperación puede considerarse un acto de guerra si sus efectos son comparables, en escala e impacto, a los de un ataque armado convencional. Esta equiparación redefine el umbral de agresión y, con él, las condiciones de la respuesta legítima.

¿Puede un Estado invocar su derecho a la defensa ante una intrusión que no involucra tropas ni explosivos, pero que paraliza su sistema financiero o sanitario?

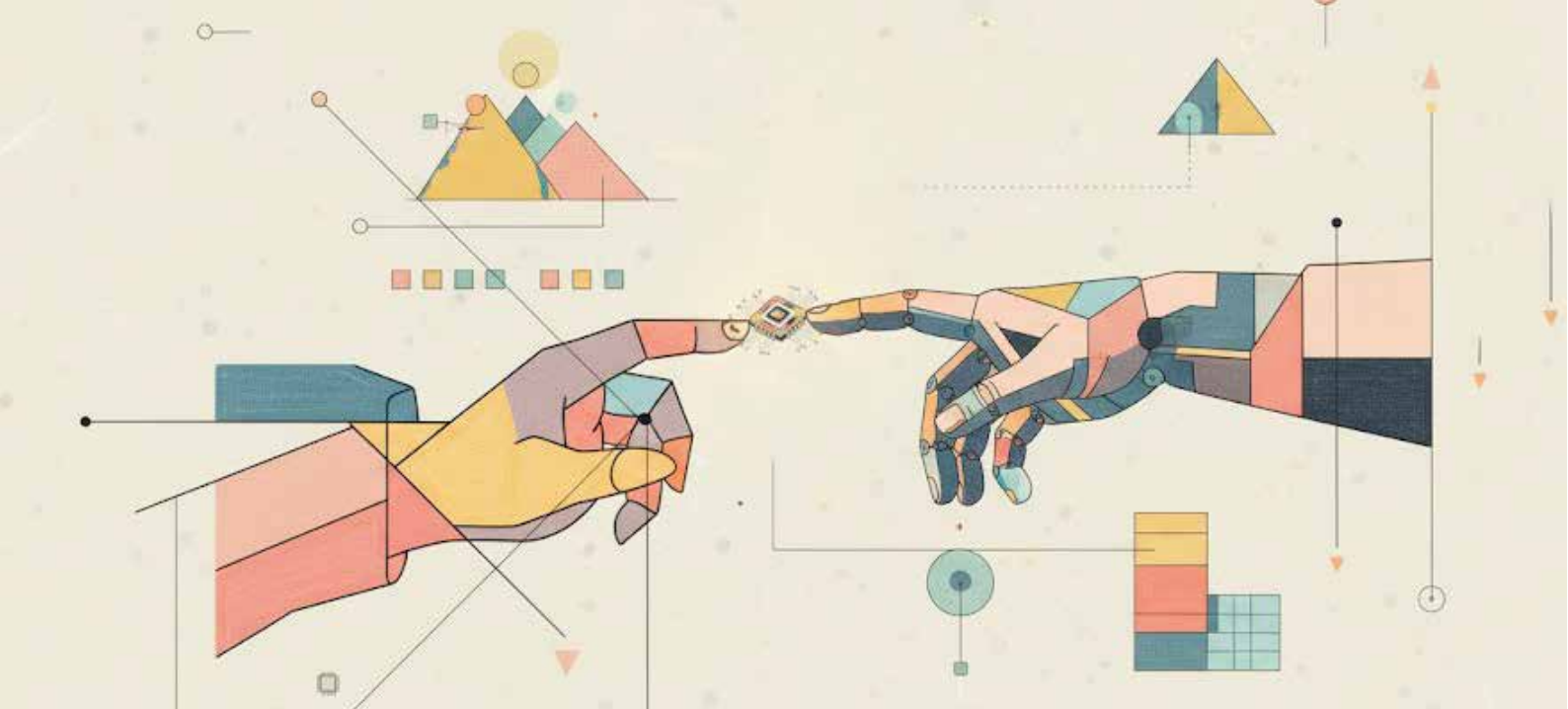
¿Cómo responder proporcionalmente a una agresión cuya autoría y magnitud no pueden establecerse con certeza?

La inteligencia artificial no sólo introduce nuevas capacidades, sino que multiplica la opacidad. Los sistemas entrenados con grandes volúmenes de datos pueden desarrollar patrones de acción no anticipados por sus programadores. La idea de control humano significativo —es decir, que una persona comprenda y valide cada paso del proceso— resulta cada vez más difícil de sostener. En ese marco, el diseño de los algoritmos, la calidad de los datos y los sesgos incorporados se vuelven factores estratégicos tanto como las decisiones políticas o las capacidades materiales.

La dimensión jurídica también enfrenta un desafío estructural. Buena parte del derecho internacional fue formulado bajo presupuestos que hoy resultan insuficientes: soberanía entendida como control territorial, distinción clara entre tiempos de guerra y de paz, identificación precisa de actores beligerantes. Ninguna de esas coordenadas se reproduce de manera nítida en el ciberespacio. La propia noción de “territorio digital” es una figura ambigua: los datos pueden estar alojados simultáneamente en servidores ubicados en múltiples países, regidos por legislaciones disímiles. La acción puede emanar de una red de proxies, lo cual hace imposible determinar el origen de la agresión con los estándares de certeza requeridos para una respuesta jurídica o diplomática.

En este contexto, la idea de disuasión también debe ser reformulada. A diferencia de la disuasión nuclear, basada en la visibilidad y la certeza de la represalia, la ciberdisuasión opera en condiciones de ambigüedad y anonimato. La amenaza de respuesta pierde eficacia si el adversario no puede ser identificado o si el ataque puede ser atribuido a un actor apócrifo.

La irrupción de la inteligencia artificial como herramienta estratégica plantea un problema adicional: la velocidad. Los sistemas automatizados pueden operar en escalas temporales que exceden la capacidad humana de reacción o deliberación. Esta aceleración pone en tensión los principios de proporcionalidad, oportunidad y evaluación del daño colateral que sustentan el derecho de la guerra. En este punto, la regulación internacional no sólo está rezagada: ni siquiera ha logrado establecer consensos mínimos sobre definiciones operativas.



La IA se proyecta como herramienta de guerra cognitiva. La capacidad de producir información falsa, manipular percepciones y erosionar consensos sociales se ha convertido en un vector estratégico central. La distinción entre operaciones psicológicas, propaganda y desinformación se diluye en un entorno donde los algoritmos pueden amplificar narrativas, simular voces autorizadas o generar imágenes y videos indistinguibles de los reales. La frontera entre lo simbólico y lo operativo se disuelve. En suma, el ciberespacio no debe ser entendido como un nuevo teatro de operaciones en continuidad con los existentes. Se trata de una transformación estructural en la ontología del conflicto. Operar en este entorno exige repensar no sólo las capacidades técnicas, sino las categorías estratégicas, jurídicas y filosóficas con las que concebimos la defensa. La inteligencia artificial no hace más que profundizar ese quiebre.

Como toda tecnología disruptiva, su llegada exige respuestas anticipatorias. No es posible improvisar marcos regulatorios después del despliegue. Tampoco alcanza con aplicar normativas diseñadas para otras lógicas. **El desafío es doble: comprender la especificidad del ciberespacio como entorno y asumir que su articulación con la inteligencia artificial inaugura un nuevo régimen del conflicto.** Uno en el que la fuerza no se mide por la ocupación ni por el número de tropas, sino por la capacidad de moldear entornos, controlar flujos y anticipar decisiones. La transformación del conflicto no es hipotética, ya se despliega cotidianamente a escala global. **Según el Center for**

Strategic and International Studies, sólo entre julio de 2023 y mayo de 2025 se registraron más de un centenar de ciberincidentes de alta relevancia dirigidos contra gobiernos, infraestructuras críticas, fuerzas armadas y sectores estratégicos en más de treinta países. La línea de tiempo revela una intensificación sostenida de las operaciones cibernéticas ofensivas, con predominio de actores estatales o paraestatales que combinan tácticas de espionaje, sabotaje, extorsión y manipulación cognitiva.

La diversidad de blancos atacados evidencia que el ciberespacio ya no es sólo un terreno de disputa informática, sino un vector de proyección estratégica integral. Las operaciones que inhabilitaron los servicios migratorios de Indonesia, paralizaron la red de telefonía móvil de Ucrania, expusieron los datos bancarios de las fuerzas armadas británicas o infiltraron los sistemas de vigilancia de Kiev antes de un ataque aéreo no sólo confirman la capacidad de producir efectos materiales, sino también su potencial de modelar el conflicto contemporáneo sin necesidad de movilizar tropas ni armamento convencional.

Estos ataques configuran un régimen permanente de agresión distribuida, donde la atribución es difusa, la escalada difícil de medir y la respuesta permanece atrapada en marcos analíticos obsoletos. La cronología elaborada por el CSIS no sólo aporta una cartografía empírica de esta nueva geografía bélica: deja en evidencia la urgencia de repensar el estatuto mismo de la guerra en la era algorítmica. **V**

DOSSIER

PRINCIPIOS ANTIGUOS, DILEMAS NUEVOS. EL DERECHO EN LA GUERRA

Por **Mesa Editorial** de la Revista FORTÍN\

El Derecho Internacional Humanitario (DIH) nació como un intento de civilizar lo incivilizable: la guerra. El siglo XX —de las trincheras de 1914 a la devastación atómica de 1945, pasando por Vietnam, Argelia y Malvinas— mostró que las tecnologías de la violencia siempre se adelantaban a los marcos normativos. Hoy, con la invasión rusa a Ucrania y la proliferación de drones y sistemas con inteligencia artificial, el dilema reaparece con crudeza: ¿cómo aplicar reglas concebidas para fusiles y bayonetas en un escenario de vigilancia satelital, enjambres de aeronaves no tripuladas y algoritmos capaces de decidir en milisegundos?

Fotografía: Ministerio de Defensa de Ucrania



Las fronteras, el despliegue militar y el control estratégico del territorio son ejes fundamentales para garantizar la integridad y el desarrollo del país. Pero, ¿quiénes están llamados a pensar, gestionar y sostener estas políticas de defensa más allá del ámbito estrictamente militar? La formación en defensa nacional se vuelve clave para articular saberes técnicos, políticos y estratégicos que permitan fortalecer la capacidad estatal en este campo.

En ese contexto, el Ministerio de Defensa de Ucrania elaboró un Informe Voluntario sobre la Implementación del DIH, un documento de 122 páginas que constituye la primera experiencia de un Estado que, en medio de un conflicto de alta intensidad, explica cómo procura cumplir las normas humanitarias mientras combate.

En diálogo con Fortín, la coronel Inna Zavorotko, jefa de la Sección de Derecho Internacional, fue categórica: **“Si existe voluntad política, es posible aplicar el derecho internacional humanitario incluso cuando el adversario lo desprecia”**. El hecho de que un país bajo ataque produzca y difunda un informe de este tipo abre un interrogante central: ¿qué peso tiene la norma cuando la supervivencia nacional está en juego? Según Zavorotko, la publicación respondió a tres objetivos: compartir experiencia con socios internacionales, sostener apoyos diplomáticos y promover el respeto a las Convenciones de Ginebra. En su planteo, la adhesión al DIH no es un lujo ético, sino una herramienta de legitimidad política.

El mayor del Ejército ucraniano Maksym Tymochko reforzó esta idea: “No importa que el operador de un dron esté a kilómetros de la línea de frente. La obligación de cumplir con las reglas de distinción, proporcionalidad y necesidad militar sigue siendo la misma”. La distancia tecnológica no exonera de responsabilidad; su observación conecta la dimensión normativa con la realidad de la guerra contemporánea: si en los años setenta el debate giraba en torno a armas nucleares tácticas o al uso de napalm, hoy las decisiones de ataque dependen también de sistemas automatizados que procesan información y ejecutan órdenes en tiempo real.

En junio de 2024, las Fuerzas Armadas de Ucrania llevaron a cabo la Operación Spiderweb, la mayor

ofensiva con drones en territorio ruso hasta la fecha. La misión apuntaba a neutralizar aeronaves rusas en un entorno saturado de guerra radioelectrónica, donde cualquier señal podía ser bloqueada en segundos. Para ello se emplearon drones equipados con inteligencia artificial capaz de sortear interferencias utilizando la red móvil rusa como canal de comunicación y, en caso de perder el control remoto, continuar la misión siguiendo el objetivo fijado. No fue un ejercicio de entrenamiento: la IA estaba integrada en combate real, con todas sus implicancias operativas, legales y éticas.

El episodio ilustra la rapidez con que las innovaciones tecnológicas pasan del desarrollo experimental al frente y expone una tensión central del DIH: hasta qué punto es admisible delegar decisiones letales a un algoritmo. Los asesores jurídicos ucranianos insisten en que no se puede permitir que un sistema actúe de manera completamente autónoma sin que el operador comprenda su lógica de decisión. Mientras esa “caja negra” permanezca opaca, la atribución de responsabilidades es incierta. El Artículo 36 del Protocolo Adicional I de las Convenciones de Ginebra obliga a los Estados a revisar todo nuevo medio o método de guerra antes de emplearlo. Ucrania ha incorporado ese requisito a su legislación y ha rechazado sistemas que no garantizaban suficiente control humano, pero la pregunta persiste: si un dron con IA comete un error fatal, ¿responde el Estado que lo utilizó o el fabricante que lo diseñó?

Zavorotko afirmó que la guerra ruso-ucraniana se caracteriza como la primera guerra de alta intensidad con drones a gran escala. Esta particularidad configura un cambio estructural: plataformas aéreas, terrestres y navales realizan vigilancia permanente sobre un frente de dos mil kilómetros, transportan suministros, evacúan heridos y ejecutan ataques de precisión. La magnitud de la Operación Spiderweb —117 drones desplegados simultáneamente contra cinco bases de la aviación estratégica rusa, dañando o destruyendo al menos una veintena de bombarderos— obligó a Rusia a dispersar su flota y expuso la vulnerabilidad de un componente clave de su disuasión nuclear.

No se trató solo de un golpe táctico: fue la demostración de que enjambres de artefactos relativamente económicos, con navegación autónoma y algoritmos



Fotografía: Anton Shevelov

de identificación automática, podían alterar el equilibrio estratégico global. Desde la perspectiva del DIH, cuanto más aumenta la precisión tecnológica de los ataques, mayor es la complejidad de los dilemas sobre responsabilidad, proporcionalidad y control humano.

Las entrevistas trasladaron estas discusiones al terreno concreto. Tymochko ilustró un ejemplo límite: un soldado enemigo que levanta las manos frente a un dron en señal de rendición. “Si hay un ser humano detrás del control, la obligación de aceptar la rendición es plena”, afirmó. En otras palabras, la guerra a distancia no elimina la exigencia de humanidad.

Zavorotko advirtió que el estatuto de los combatientes se vuelve ambiguo en este marco: distinguir entre un herido que cesa de luchar, un miembro del personal médico o un objetivo militar legítimo depende de imágenes borrosas y decisiones tomadas en segundos. Entre los nuevos dilemas surgen, por ejemplo, la simulación de rendición como táctica de combate y la protección de drones humanitarios: aunque un aparato marcado con la Cruz Roja debería gozar de inmunidad, identificar su carga en vuelo es casi imposible, y el riesgo de ataques por error o deliberados es alto.

Otro rasgo decisivo en esta modalidad de conflicto mediada por la tecnología es la documentación siste-

mática en tiempo real. Tymochko relató que la videovigilancia con drones permitió registrar más de 170 ejecuciones sumarias de soldados que intentaban rendirse, material ya presentado ante la Corte Penal Internacional.

La guerra se convierte así en archivo: la evidencia audiovisual —que antes dependía de periodistas u organizaciones humanitarias— ahora es producida por los propios ejércitos, lo que plantea interrogantes sobre memoria histórica y legitimidad, tanto en el frente como en los tribunales. “Necesitamos nuevas normas, pero hoy es imposible lograr un acuerdo global. Lo que queda es aplicar el espíritu del derecho internacional”, subrayó Zavorotko. Ese espíritu implica orientar la acción militar hacia la protección de civiles y combatientes fuera de combate, aun cuando la letra de los convenios no mencione drones, ciberataques ni algoritmos. Tymochko añadió: “Un Estado puede excusarse diciendo que, como los drones no están en Ginebra, el derecho no se aplica. Eso es un abuso deliberado de la norma”.

La tensión entre reinterpretación creativa y manipulación oportunista no es nueva. Tras la Primera Guerra, el Protocolo de 1925 prohibió los gases tóxicos porque el derecho vigente resultaba insuficiente.



**LA GUERRA
RUSO-UCRANIANA
ES LA PRIMERA GUERRA
DE ALTA INTENSIDAD
CON DRONES A GRAN
ESCALA**

Medio siglo después, la Corte Internacional de Justicia debatió si el uso de armas nucleares podía ajustarse a los principios humanitarios.

En 1997, la prohibición de minas antipersonales se fundó en la evidencia de que su carácter indiscriminado era incompatible con el DIH. Cada innovación tecnológica obliga a reabrir la discusión y recuerda que la pertinencia del derecho en la guerra depende de su capacidad de adaptarse.

La guerra en Ucrania muestra que el DIH sigue siendo indispensable, pero insuficiente si permanece estático. La introducción masiva de drones, inteligencia artificial y sistemas automatizados no reduce la relevancia de principios como distinción, proporcionalidad y humanidad: los vuelve, incluso, más urgentes.

Está en juego no solo la legitimidad de un Estado frente a la comunidad internacional, sino la posibilidad de que la guerra conserve límites reconocibles. Un DIH incapaz de adaptarse corre el riesgo de volverse letra muerta; un DIH demasiado flexible, de ser manipulado. Entre esos extremos, la experiencia ucraniana propone un camino distinto: reinterpretar las normas a la luz de la tecnología sin abdicar de su núcleo humanitario. 

TRANSICIÓN INTERSISTÉMICA: EL CONFLICTO COMO NORMA

Por **Mesa Editorial** de la Revista FORTÍN\

El colapso del multilateralismo, el ascenso de las potencias y el lugar de Argentina en el nuevo tablero global. Entrevista a Gonzalo Salimena.

“No asistimos a una reconfiguración pacífica del mundo, sino ante una competencia brutal entre potencias determinadas a redefinir las reglas del juego. En ese contexto, pensar la política internacional con categorías e instituciones nacidas al calor del siglo XX sería un error imperdonable”. Así comenzó la conversación con el autor del libro “La política internacional en el proceso de transición intersistémico”, en el que ensaya una tesis incómoda para quienes insisten en la vigencia del multilateralismo: el orden global está siendo cuestionado, y el sistema internacional vuelve a organizarse en torno a un principio ineludible, tan viejo como la política: la lucha por el poder.

Sostiene una mirada crítica, anclada en el realismo político y sus vertientes, que se despliega tanto en sus intervenciones académicas como en sus asesoramiento en el Congreso de la Nación.

**Salimena dirige la
Licenciatura en Defensa
Nacional y el Centro de
Estudios Interdisciplinarios
Lucio V. Mansilla en la
Universidad de la Defensa
Nacional**

Fotografía: Ahmad/DEC. Operaciones de rescate en el noroeste de Siria, 7 de febrero de 2023



DE LO UNIPOLAR A LO MULTIPOLAR: LA TRANSICIÓN DE LOS SISTEMAS INTERNACIONALES

La idea del sistema internacional ayuda a explicar cómo los grandes actores se organizan y disputan el poder en el mundo. “Un sistema unipolar es aquel donde un solo Estado domina la escena global, ejerciendo hegemonía militar y económica. El ejemplo más reciente y claro fue Estados Unidos tras la caída del Muro de Berlín, cuando se consolidó como la única superpotencia victoriosa de la guerra fría”. Sin embargo, ese momento unipolar fue efímero y difícilmente replicable.

Por otro lado, el sistema multipolar se caracteriza por la coexistencia de varios Estados con capacidades similares, ninguno con predominancia absoluta sobre otros. Este modelo, basado en el equilibrio de poder, fue el dominante desde la Paz de Westfalia en 1648 hasta prácticamente la Segunda Guerra Mundial. Durante ese largo período, Europa fue el centro de la política mundial, donde Inglaterra, Francia, España, Austria y luego Alemania y Rusia, eran los protagonistas que alternaban en la influencia y conformaban alianzas para evitar que alguno de ellos alcanzara la hegemonía.

“La multipolaridad funcionaba con valores y principios compartidos —aunque la rivalidad y el conflicto eran una constante—, lo que permitía cierto orden, previsibilidad y límites a la violencia. Pero tras la Segunda Guerra Mundial, el sistema cambió radicalmente. Apareció la bipolaridad, con dos superpotencias que se diferencian en sus capacidades del resto: Estados Unidos y la Unión Soviética”. En esta etapa, el conflicto ya no era solo una disputa por el poder dentro de un marco común, sino un choque entre dos sistemas políticos, económicos y sociales antagónicos. La Unión Soviética buscaba subvertir el orden establecido, mientras que Estados Unidos defendía los valores occidentales capitalistas.

Este conflicto bipolar, que duró casi medio siglo, estuvo marcado por tensiones indirectas, con guerras regionales y conflictos en terceros países, más que enfrentamientos directos. La política de contención de Estados Unidos, ideada por George Kennan, respondía a la idea de que no se podía luchar en todos lados, por lo que había que seleccionar los intereses nacionales

prioritarios, ya que las capacidades eran limitadas.

En las décadas de 1960 y 1970, se abrió un periodo de distensión, con diálogo y negociaciones entre ambos bloques y la incorporación de China como actor emergente, con una mirada estratégica a largo plazo. “China, con su sistema autocrático, supo planificar su ascenso con paciencia, diferente a la política occidental más cortoplacista”. Hoy vivimos un sistema internacional más complejo y heterogéneo, donde coexisten potencias tradicionales y emergentes: Estados Unidos, China, Rusia, India, Brasil, Japón, entre otras. Aunque en términos militares sigue predominando el poder estadounidense, la política internacional es una lucha constante por el poder, la influencia y la seguridad, que nunca desapareció.

La política internacional siempre implicó una lucha por el poder, con pocos actores que lo disputan con intensidad

Los jugadores cambian, pero la lógica persiste: “cada Estado busca asegurar su posición y ventajas en un escenario global que no deja de transformarse”.

Un punto clave: no toda transición implica progreso. “La idea de transición muchas veces es usada con una connotación benigna, como si estuviéramos yendo hacia algo mejor. Pero en política internacional, las transiciones son momentos de altísima tensión. Son rupturas del equilibrio anterior sin que haya claridad sobre cuál será el nuevo equilibrio. Lo nuevo coexiste con lo viejo por un tiempo”. Se refiere al orden que surgió de la posguerra y se consolidó durante la Guerra Fría. Un sistema bipolar, con reglas claras y límites reconocidos. “La Guerra Fría fue dura, pero estable. Las potencias sabían hasta dónde podían llegar. El equilibrio de poder funcionaba, y la disuasión nuclear funcionaba cuando se realizaba con un Estado que no podía responder de la misma forma”. Hoy ese equilibrio, aunque existe, es más efímero. Para graficar el nuevo escenario, cita ejemplos concretos: la invasión

rusa a Ucrania, el crecimiento de Irán en Medio Oriente, el fortalecimiento de India en Asia y la recuperación militar de Alemania y Japón. Asistimos a un sistema sin árbitro, donde cada cual refuerza sus capacidades para no quedar expuesto a una situación de inseguridad.

El director cuestiona al idealismo: “el error no es tener ideales, sino creer que en un mundo complejo y competitivo se puede proyectar una armonía sobre la base de una institución internacional que organice el sistema a partir de ello”. Eso fue lo que algunos idealistas creyeron después de 1989. Francis Fukuyama planteaba que el mundo caminaba hacia una convergencia democrática y pacífica, donde el conflicto desaparecería. Era el fin de la historia. Pero el mundo no converge: compete. Para Salimena, el conflicto no es la excepción, sino la norma. “Desde Tucídides hasta hoy, lo que existe es una constante: cuando hay una potencia en ascenso y otra en declive, el choque es inevitable”. El realismo no lo celebra, lo advierte.

Cita como referencia clave el libro *The twenty years' crisis* de Edward Carr: “La política internacional supone confrontación por el poder”. Nadie lo escuchó. Dos años después, estallaba la Segunda Guerra Mundial. A veces la lucidez llega antes de tiempo.”

EL PODER COMO CATEGORÍA ESTRUCTURANTE

En 2024, el gasto militar mundial alcanzó los 2.718.000 millones de dólares, el mayor aumento anual desde el final de la Guerra Fría. Estados Unidos lidera con 997.000 millones, lo que representa el 37 % del total global y el 66 % del gasto de toda la OTAN. China, con una suba del 7 %, alcanzó los 314.000 millones, concentrando la mitad del gasto militar en Asia y Oceanía. Rusia destinó 149.000 millones, lo que equivale al 19 % de su gasto público total, mientras mantiene su ofensiva sobre Ucrania. Alemania incrementó su inversión en un 28 %, llegando a 88.500 millones, en un intento por recuperar protagonismo estratégico en Europa. India, por su parte, consolidó su lugar como potencia regional con 86.100 millones de dólares, ya que combina capacidades nucleares, espaciales y convencionales.

“Todo esto no es casual. Es estructural. Los Estados responden al principio más básico del realismo: asegurar su supervivencia, y para eso necesitan poder, entendido en todas sus dimensiones: militar, económica, tecnológica, simbólica.” El caso de Suecia y Finlandia es revelador. “Dos países históricamente neutrales decidieron incorporarse a la OTAN. ¿Qué significa eso? Que el sistema ya no permite zonas grises. Que el costo de estar indefensos es mayor que el costo de alinearse.”



¿Cómo se piensa a sí misma la Argentina en un sistema internacional atravesado por la conflictividad estructural?

Nuestro país vive un momento particular en su inserción internacional, en el que la política exterior y la defensa comienzan a articularse de un modo más visible y estratégico. Como señala el Dr. Gonzalo Salimena, “Argentina ha logrado insertarse en el mundo desde una visión que no es completamente nueva, sino que retoma aspectos históricos de nuestra política exterior, como la cercanía a Estados Unidos y Europa, que ya habíamos experimentado en la década del 90”. Ese vínculo con potencias hegemónicas, especialmente con Estados Unidos, Francia e Israel en materia de defensa, revela una continuidad y no un quiebre radical, aunque sí un mayor impulso para integrar la defensa dentro de la política exterior, algo novedoso para nuestro país.

“En gobiernos democráticos, la política exterior ha reflejado cambios electorales que a veces han variado ese acercamiento, pero la idea de mantener relaciones cercanas con organismos internacionales, Estados Unidos y países de Occidente nunca fue extraña para nuestro país. Sin embargo, la novedad radica en que hoy esta integración de la defensa a la política exterior abre un nuevo escenario donde la participación en foros internacionales y alianzas estratégicas —como la reciente aspiración a ser aliado global de la OTAN— puede traer beneficios concretos”. Entre ellos, Salimena destaca la modernización de las Fuerzas Armadas y la posibilidad de “participar en ejercicios conjuntos con las fuerzas más avanzadas y entrenadas del mundo”.

Este vínculo creciente con el bloque occidental y Estados Unidos, aunque suscita interrogantes sobre posibles compromisos en conflictos internacionales, no ha implicado hasta ahora un cambio radical en la tradicional política exterior pacifista argentina. “Aunque hemos tomado algunas posiciones en situaciones puntuales, como su participación en la Guerra del Golfo a principios de los 90, no se comprometió históricamente en enfrentamientos internacionales. Hoy en día los lineamientos de la defensa de Argentina son coherentes con la política exterior, y el país toma una postura clara y definida”, explica.

El desafío está en consolidar esta articulación entre defensa y política exterior para que Argentina logre “una inserción más activa y coherente, que no solo contribuya a su seguridad, sino que también le permita posicionarse mejor en la economía global y en las discusiones internacionales que definirán el futuro”. Este enfoque implica, en definitiva, repensar la defensa no como una cuestión aislada, sino como una pieza clave en el entramado de relaciones internacionales, “un trípode fundamental para el país que debe sostenerse y fortalecer su conexión con el mundo”. 

La multipolaridad funcionaba con valores y principios compartidos, lo que permitía cierto orden, previsibilidad y límites a la violencia

REALISMO Y DIPLOMACIA FRENTE AL NUEVO DESORDEN INTERNACIONAL

Por Julio R. Lascano y Vedia,
embajador, profesor titular de la UNDEF.

Las guerras en curso, el debilitamiento de los organismos internacionales y el avance de actores económicos transnacionales han transformado el sistema mundial en una arquitectura inestable, donde las reglas ceden ante las relaciones de fuerza. Comprender este escenario exige abandonar el idealismo y volver a herramientas diplomáticas y analíticas con sustento científico.



Sala de la Asamblea General de las Naciones Unidas

La pandemia tendió a reforzar “una lectura de la política internacional apoyada en los supuestos del realismo político en torno a la conflictividad y la irreductibilidad de intereses, lo que sumó a las crecientes rivalidades geopolíticas un armamentismo y una lucha por el poder y la hegemonía entre los actores más poderosos con diversa distribución de capacidades, y dejó de lado visiones más cooperativas”.

En el mismo sentido hemos escrito que “la ciencia nos da la verdad, y solo a partir de allí y alejándonos de los análisis ideológicos es que podemos superar este nuevo panorama internacional para abocarnos a un estudio académico y diplomático, donde lo científico regule las leyes reales que rigen los Estados, el poder, las riquezas, las ambiciones y demás condicionantes y determinantes que actúan sobre la formulación de políticas internacionales”.

La geopolítica atraviesa un nuevo estadio en las ciencias sociales y en las relaciones internacionales. Se encuentra afectada por un panorama mundial complejizado, que ha superado las teorías clásicas que desde el idealismo, la interdependencia y el constructivismo intentaron en el siglo XX justificar las causas y consecuencias de las guerras. No lo lograron o fueron insuficientes. Este fracaso no implica un juicio sobre las autorías, pero sí exige aceptar esta afirmación científica.

La guerra entre Rusia y Ucrania es un conflicto diplomático con historia, que se encendió ante la aparición de nuevos intereses económicos de Ucrania y el involucramiento directo de la Unión Europea. Se extendió más allá de los límites previstos por analistas europeos y terminó involucrando a Estados Unidos y otros actores poderosos, con intereses concretos en recursos estratégicos. La diplomacia, como herramienta política, continúa siendo fundamental para la solución de conflictos, más allá de los ataques bélicos armados.

En el caso del conflicto árabe-israelí, el análisis envuelve elementos geopolíticos, estratégicos, religiosos y espirituales que se unen a un enfrentamiento permanente que continúa generando confrontaciones, treguas, negociaciones y pactos a partir de un nuevo desborde unilateral; con la participación de alianzas regionales. La reacción israelí, las pérdidas humanas, el desarrollo nuclear y las alianzas regionales forman parte de una batalla civilizatoria que continúa generando confrontaciones, treguas y pactos.

También cabe analizar la intervención del hegemon norteamericano, que procura una intervención externa mayor en la confrontación con el objeto de encontrar un escenario que permita el reordenamiento de elementos políticos y económicos internos y una estrategia reordenada en el orden externo mundial.

Los Estados Unidos vuelven en el curso de su historia política y militar a responder con la fuerza gravitante de un enorme aparato militar y tecnológico extendidos al conflicto. Lógicamente la respuesta contra Irán explicita la balanza de la negociación política, geopolítica y económica para que todo ello termine por favorecer al hegemon en primer término, en una escalada mundial que aún debe recurrir a mayores definiciones.

MUNDIALIZACIÓN ECONÓMICA Y FINANCIARIZACIÓN

Podemos así visualizar una política internacional en la que los actos de los Estados, las alianzas y las corporaciones estratégicas y económicas no se armonizan ni con un esquema multilateral desvanecido y debilitado, ni con una diplomacia previsible. Henry Kissinger ha señalado en distintas obras y conferencias que los intereses mundiales se ordenan cuando confluyen con los intereses de los Estados Unidos. En ese pensamiento puede comprenderse un panorama de belicismo y guerras permanentes, que conviven con un reordenamiento aún en proceso.

En ese marco, potencias como China y otros Estados ricos priorizan mantener un equilibrio que los aleje de las alteraciones de la esfera occidental, a fin de preservar sus planes de crecimiento apoyados en instituciones multilaterales hoy frágiles.

A partir de esto corresponde tener en cuenta el segundo componente: la mundialización de la economía. **El multilateralismo del siglo pasado propuso la globalización como motor de crecimiento para los países partícipes de la última revolución industrial y tecnológica, así como para aquellos en desarrollo.** Sin embargo, esa expectativa globalista de cooperación y solidaridad no generó frutos de crecimiento ni desarrollo. El mundo de posguerra y el final del siglo XX dieron paso a un panorama de desigualdad hasta ahora inédito.

Los Estados nacionales y el sistema internacional se alejaron de los éxitos previstos en Bretton Woods, las rondas del Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio y la Organización Mundial de Comercio. Las normas fueron sistemáticamente vulneradas, y el funcionamiento financiero internacional se volcó a préstamos y posicionamientos de intereses que generaron una burbuja financiera impensable, desvinculada de la economía productiva real, con vida y lógica propias dentro del sistema financiero global.

Este sistema de financiarización de la comunidad mundial y de las economías estatales ha impedido todo intento de regresar a objetivos de cooperación o multilateralismo. Ha permitido, además, que las corporaciones económicas surgidas de esos mismos mecanismos financieros —así como las grandes inversiones

especulativas— adquieran un volumen de influencia cercano al treinta por ciento de la economía mundial real y productiva. Se ha configurado así una burbuja natural de inversiones y de comercio internacional que, en algún momento, iniciará también su caída.

Las instituciones han abandonado sus funciones de apoyo al financiamiento global y hoy buscan sostener sus propios esquemas de crecimiento, desvinculados de los objetivos estatales. No responden ni a economías liberales ni a modelos proteccionistas, sino únicamente al sostenimiento de la burbuja financiera. Esto alimenta la concentración de riqueza en grandes grupos que gestionan bienes de miles de empresas transnacionales y facilita además negocios vinculados a la venta de armamento, las tecnologías de la información, la inteligencia artificial, las telecomunicaciones, el mercado inmobiliario y la apropiación de tierras. En ese marco, muchas de las guerras permanentes del nuevo esquema geopolítico alimentan necesidades estatales a partir de préstamos provenientes de estas corporaciones; de esta manera, se consolida una mundialización económica de carácter transnacional.

El orden multilateral ha sufrido un proceso de decadencia vinculado a la desconfianza y al desinterés creciente de los Estados. Esto ha afectado seriamente la acción y la imagen de los organismos internacionales y del sistema de Naciones Unidas.

El desinterés creciente de los Estados en apostar y exponer sus objetivos geopolíticos y estratégicos ante formatos que consideran decadentes y desprestigiados, con escasa fuerza en la política internacional, ha afectado gravemente la acción y la imagen de los organismos internacionales, así como de gran parte del sistema de las Naciones Unidas.

Muchos de estos organismos han sido reemplazados por la proliferación de nuevos grupos informales e inorgánicos. El Grupo de los 7 y 8, y el G20 —que nació como una reunión de ministros de Hacienda e Industria a fines del siglo pasado— terminaron convirtiéndose en foros necesarios de interconsulta, con participación de líderes estatales y órganos supranacionales como la Unión Europea. La OCDE también ha sufrido los efectos de esta defección, aunque se mantiene como

modelo europeo de equilibrio macroeconómico, crecimiento sin inflación y paradigma de ordenamiento económico deseable.

El Foro de Davos y los múltiples encuentros de líderes políticos y empresariales —bajo diversos formatos y conferencias senior— han reemplazado numerosos foros mundiales orgánicos, mientras que generaron resoluciones y decisiones por fuera de los marcos formales del sistema de Naciones Unidas, y avanzaron en lineamientos sobre las economías y los formatos comerciales y financieros de los Estados.

No obstante ello, en un mundo crecientemente complejo desde el punto de vista geopolítico, resulta necesario pensar soluciones científicas que permitan explicitar nuevas propuestas de ordenamiento mundial y reformas al sistema de Naciones Unidas, junto con la imprescindible reglamentación de la ONG y conferencias paralelas. Si estas logran nuevamente aunar objetivos comunes en torno a la paz y la seguridad internacional, y se alejaren del sostenimiento de posiciones de compromiso y mera observación, podrían recuperar un lugar de intervención real en el escenario mundial, desde posturas objetivas, pragmáticas y útiles para un nuevo orden global.

TECNOLOGÍA, INTELIGENCIA ARTIFICIAL Y PODER

Las nuevas tecnologías han generado afecciones comunitarias que pueden considerarse positivas y negativas. Las conocidas afecciones de la inteligencia artificial se manifestaron negativamente en los cambios de los sistemas laborales y de empleo, las violaciones a la privacidad y seguridad de los individuos, la promoción de la discriminación negativa y el crecimiento de las dependencias y adicciones a la tecnología. Surge así la necesidad inmediata de conductas éticas y responsables para el manejo de la inteligencia artificial.

En el plano positivo, esta misma inteligencia nos ha favorecido poco a poco en ámbitos como la salud, la generación de mayor eficiencia y en los contenidos y formatos de la instrucción y la educación en general. Además, la inteligencia artificial afecta a las ciencias sociales y políticas en el análisis de datos, la creación



Fotografía: CBSN | Las calles de Katmandú arden mientras la institucionalidad tambalea.

de modelos de simulación, la automatización de tareas y el análisis interno del contenido de las redes sociales.

La afección más grave de la inteligencia artificial y las nuevas tecnologías, entendemos, se encuentra en la generación de elementos de precisión mortíferos aplicados en las guerras modernas, así como en el principio absoluto del valor y poder de manipulación tanto de los Estados como de individuos privados. Las nuevas tecnologías pueden ser decisivas en la vida y la muerte, en los conflictos bélicos y en el ejercicio del poder y su manejo negativo.

También es grave la obsesión tecnológica del individuo, que lo aleja de la educación, la justicia, la ecología y los beneficios del medio ambiente, y lo aparta de la batalla digna contra el cambio climático. Quizá el efecto más grave es que la tecnología, utilizada de manera negativa o frívola, sin intención de causar esta caída, ha alejado al hombre de la cultura y la libertad. Juan Archibaldo Lanús dice que "En esas grandes megalópolis existe el sueño de una libertad que solo puede garantizarse en el silencio de lo natural o en el placer de una experiencia cultural. El retorno a la

naturaleza o la inmersión en la cultura es el encuentro más anhelado de quienes ansían el alimento vivificado de la libertad. El ser humano trata con frecuencia de liberarse de las consolas de la productividad y del cálculo económico. Allí, en contacto con la naturaleza o la cultura, se encuentra la frescura que permite tanto la conexión con el todo como la creatividad, que es el impulso más original del ser humano. Los movimientos ecológicos están cada vez más presentes en la actualidad en casi todas las sociedades, porque representan puertas hacia un espacio donde se puede respirar sin desconfianza y porque levantan las banderas más emblemáticas de la lucha por la supervivencia de un planeta que está alevosamente maltratado. La otra plataforma es la cultura abierta a la actividad del conocimiento y la creatividad; allí se da el encuentro y el triunfo definitivo de la libertad de hacer y ser".

Sobre ello dejamos la inquietud de que las nuevas tecnologías aún son una cuestión pendiente para estudiar de modo científico y académico, se deben analizar sus beneficios, alcances, límites y objetivos, que debieran ser valorados en la geopolítica, la estrategia y las relaciones internacionales. 



GEORGIA, TERRITORIO OCUPADO Y RESISTENCIA ESTRATÉGICA

Por **Mesa Editorial** de la Revista FORTÍN\

El 7 de agosto de 2008 comenzó una guerra breve pero decisiva que marcaría no solo la historia de Georgia, sino la dinámica de seguridad de toda la región del Mar Negro. Rusia lanzó una ofensiva terrestre, aérea y naval contra un país que, apenas dos décadas antes, había recuperado su independencia tras el colapso de la Unión Soviética.

En apenas cinco días de combate, Moscú ocupó territorios estratégicos, reconoció como independientes a Abjasia y Osetia del Sur y quebró la soberanía georgiana. Lo que a simple vista parecía un conflicto local se reveló como un laboratorio de estrategias y tácticas de poder que anticiparían, años más tarde, el patrón de agresión en Ucrania.

El embajador de Georgia en Argentina, Gvaram Khandamishvili, recordó que la agresión rusa no fue improvisada: se planificó con antelación, con objetivos claros y estructurados. Desde 2006, Moscú había comenzado a desplegar tropas, a realizar ejercicios militares cercanos a la frontera georgiana y a consolidar posiciones en Abjasia y Osetia del Sur. El conflicto fue precedido por campañas de discriminación e intimidación hacia la población georgiana en estas regiones, que obligaron a sus habitantes a obtener pasaportes rusos, generaron deportaciones masivas y un proceso sostenido de limpieza étnica que desde los años noventa había desplazado a cerca de medio millón de personas.

La guerra no surgió de la nada, fue la culminación de años de preparación política y militar. Históricamente, la relación entre Georgia y Rusia estuvo marcada por la expansión imperial. Khandamishvili recordó cómo la anexión del reino de Kartli-Kheti en 1801 violó el tratado de Georgievsk de 1783, que garantizaba la seguridad georgiana, y cómo la ocupación rusa de 1921 desconoció el tratado de 1920 firmado con la Unión Soviética. La guerra de 2008 siguió ese patrón, ya que buscó reconfigurar el orden internacional mediante la ocupación territorial, en un contexto donde las élites rusas percibían a Georgia como un vecino peligroso por sus aspiraciones democráticas y su orientación hacia Europa y la OTAN.

La escalada previa a la guerra incluyó embargos económicos, violaciones del espacio aéreo georgiano, lanzamiento de misiles y la instalación de fuerzas adicionales en regiones estratégicas. En julio de ese año, ejercicios militares rusos en proximidad a la frontera aumentaron la tensión, y la noche del 7 de agosto se produjo la invasión a gran escala. En cinco días, se registraron bombardeos en 53 pueblos, nueve de las 12 regiones georgianas fueron afectadas y se utilizó armamento prohibido en zonas civiles. La violencia no se limitó al combate directo: se trató de un esfuerzo sistemático por controlar territorios mediante ocupación, presión militar y reingeniería demográfica. El impacto humanitario fue devastador. Medio millón de personas fueron desplazadas, pueblos enteros destruidos y los derechos fundamentales de la población georgiana fueron sistemáticamente violados: acceso restringido a educación en lengua materna, salud y libertad de circulación, secuestros y detenciones ilegales. Rusia mantiene bases militares, puestos de control y ejerce su presencia en Abjasia y Osetia del Sur; de esta manera, se consolida la ocupación y se limita el acceso de misiones internacionales de monitoreo. Las familias georgianas que permanecen cerca de las zonas ocupadas enfrentan barreras legales y de movilidad, y más de 800 de ellas han perdido acceso a tierras agrícolas esenciales para su subsistencia.

La justicia internacional ha reconocido la responsabilidad rusa. El Tribunal Europeo de Derechos Humanos determinó severas violaciones masivas, desde asesinatos y torturas hasta impedimentos al regreso de desplazados. La Corte Penal Internacional emitió

órdenes de arresto por crímenes de guerra cometidos durante la agresión rusa, lo que confirma que las violaciones del derecho internacional fueron sistemáticas y sostenidas. Aun así, **a pesar de 64 rondas de negociaciones en Ginebra, la ocupación persiste y Georgia continúa enfrentando desafíos de soberanía y seguridad.** El país adoptó una política de doble vía: por un lado, demanda la desocupación efectiva de sus territorios, y por otro, promueve la reconciliación y el apoyo sostenido a la población afectada, fomentando contactos entre personas y manteniendo la participación activa en negociaciones internacionales.

En paralelo, la guerra expuso la necesidad de emprender un proceso de modernización militar y doctrinaria de la mano de socios estratégicos como Estados Unidos. Khandamishvili explicó que la defensa de Georgia se basó en dos ejes fundamentales desde 2008: la defensa antiaérea y la antitanque. La experiencia mostró que el daño más crítico provenía del aire, por lo que se adquirieron sistemas Stinger; y para detener incursiones de blindados rusos se incorporaron misiles Javelin. La frontera georgiana con Rusia es extensa y la adquisición de estos sistemas representó solo un primer paso, costoso y parcial, en un proceso de modernización continua que busca alcanzar los estándares occidentales.

El concepto central adoptado fue la defensa territorial. La participación de Georgia en misiones internacionales de la OTAN en Irak y Afganistán había generado experiencia militar valiosa, pero insuficiente para enfrentar agresores directos en el propio territorio. La defensa territorial implica preparar a las fuerzas armadas para proteger y mantener el control del espacio nacional, combinando inteligencia avanzada, sistemas antiaéreos, defensa antitanque y coordinación con aliados estratégicos.

La experiencia de Ucrania, según el embajador, reafirma estas lecciones. La guerra en curso mostró la importancia crítica de la inteligencia avanzada, que permite prever ataques casi diarios, y de los drones como armas puntuales y de bajo costo capaces de generar efectos estratégicos. Georgia está desarrollando capacidades propias en estas áreas, explorando el uso de inteligencia artificial y nuevos sistemas de vigilancia.

La colaboración internacional se ha intensificado: Georgia participa activamente en el Grupo de Ramstein, una coalición de más de cincuenta países que coordina apoyo militar a Ucrania, y en ejercicios multinacionales como Eagle Spirit, diseñados para mejorar la interoperabilidad y la capacidad de respuesta ante amenazas de alta intensidad.

El valor de la norma internacional complementa esta perspectiva. Para Georgia, la ley es un recurso de defensa y proyección de prosperidad: donde rige la legalidad surgen cooperación, mercados y estabilidad.

La persistencia del territorio y la identidad nacional condiciona la defensa, la proyección de futuro y la soberanía de los Estados con menor poder relativo. La guerra de 2008 demostró que los conflictos no estallan de improviso: se incuban en campañas híbridas, bloqueos económicos, manipulación étnica y militarización progresiva. La defensa depende no solo de armas sofisticadas, sino de alianzas, inteligencia, prudencia estratégica y resiliencia social. El embajador subrayó la importancia del contexto regional y europeo. La guerra de Georgia anticipó la vulnerabili-

dad de Europa, ya que demostró que la arquitectura de seguridad requiere atención constante.

La planificación rusa, que comenzó años antes de 2008, evidencia que los conflictos de gran escala no surgen espontáneamente: se incuban en ciclos de presión diplomática, propaganda y acumulación de fuerzas. La experiencia georgiana revela que la ocupación y la imposición de independencias ficticias tienen efectos duraderos en la estabilidad regional, el desarrollo económico y los derechos humanos.

La vigencia de la soberanía, la importancia de la ley internacional, la resiliencia estratégica y la cooperación multinacional son lecciones que trascienden fronteras, y ofrecen un modelo para otros Estados vulnerables que buscan preservar su integridad territorial y proyectar su futuro en un mundo de conflictos híbridos y agresiones premeditadas.

Georgia, umbral entre Asia y Europa, recuerda que la seguridad de un país pequeño puede convertirse en un punto de inflexión continental. Ignorar su experiencia implica repetirla. 

Fotografía: Dmitry Kostyukov | Crédito AFP



LA GEOPOLÍTICA Y EL SIGNO DE LOS TIEMPOS

Por Adolfo Koutoudjian

Lic. en Geografía por la Universidad de Buenos Aires, profesor de Geopolítica en la Facultad de la Defensa Nacional, profesor de Geopolítica en la Escuela Superior de Guerra Conjunta de las Fuerzas Armadas y profesor de Geopolítica en la Escuela de Guerra Naval.

En el extremo sur del continente se juegan buena parte de los desafíos estratégicos de la Argentina. ¿Cómo articular la defensa, la ciencia y la política económica en una estrategia común que proyecte a la Argentina hacia 2050?

Pensar en términos geopolíticos exige apartarse de la vorágine de la coyuntura y ensayar una mirada de largo plazo. Se trata de observar la trayectoria de los Estados y de las sociedades no en los plazos breves de una gestión, sino en horizontes de diez, veinte o cincuenta años, e incluso más atrás, en la historia que los constituye. Esa mirada resulta indispensable en un tiempo en el que las arquitecturas construidas tras las guerras del siglo XX crujen bajo el peso de transformaciones profundas.

Durante medio siglo, las ideas y acciones políticas estuvieron condicionadas por el marco del enfrentamiento Este-Oeste. La desaparición de la Unión Soviética alteró de manera abrupta ese orden bipolar y abrió la pregunta sobre cuál es hoy el sistema mundial que encuadra a los Estados. En apenas tres décadas se desplegaron fenómenos antes insospechados: asistimos a la reconfiguración de la arquitectura global de la posguerra fría, con un Asia-Pacífico en ascenso que se

perfila como centro de gravedad del siglo XXI. La previsión del futuro ha sido siempre uno de los terrenos más arduos para las ciencias sociales. Sin embargo, la tarea de trazar lineamientos estratégicos resulta impostergable.

De poco sirve analizar estructuras del pasado o del presente si ese conocimiento no permite orientar el rumbo de una nación en un mundo signado por la incertidumbre. Cada época deja un signo en el imaginario de los pueblos. En la nuestra, esos signos parecen claros: crisis de paradigmas, incertidumbre frente a los modelos políticos y económicos, mutación acelerada de valores sociales y políticos, y la celeridad de los cambios tecnológicos que marcan la agenda nacional e internacional.

A todo ello se suma la paradoja de una cuarta revolución industrial conviviendo con sociedades fragmentadas, en especial en el mundo periférico.



La pregunta de fondo es si la política de poder, históricamente sostenida en el deseo de dominio, está dando paso a un nuevo motor de la acción humana: el reconocimiento. Si así fuera, ¿estamos en el umbral de un proceso civilizatorio más armónico o seguimos atrapados en la lógica de hegemonías en pugna? La experiencia de las grandes potencias y de actores no estatales con poder global, como las finanzas o los conglomerados comunicacionales, parece indicar que la lucha por el poder conserva toda su vigencia.

A poco más de dos siglos de la independencia, la República Argentina ya no puede excusar los vaivenes de su política interna o de su relación con el mundo apelando a su juventud. En los primeros cincuenta años de vida independiente, asegurar la soberanía fue un desafío constante; durante el siglo siguiente, se buscó consolidar un perfil de nación pujante; y en los últimos cincuenta años, el país logró estabilizarse como democracia. Las dirigencias nacionales, actuando en función de intereses corporativos, usufructuaron al Estado para consolidar espacios políticos y económicos, sin un proyecto común que articule el conjunto de la Nación. Hoy, frente a los desafíos del siglo XXI, se impone pensar la Argentina como un Estado que debe consolidarse y engrandecer su cultura, su pueblo y su posición en el tablero geopolítico, asegurando que los jóvenes encuentren en ello un horizonte de desarrollo y progreso.

Disraelí sostenía que los países no tienen amigos permanentes, sino intereses permanentes. En ese marco, definir con claridad los intereses de la Argentina resulta esencial, sobre todo en un mundo donde las grandes potencias declaran sin ambages los suyos,

que redundan en beneficio directo de la Nación y deberían ser consensuados al máximo entre todas las expresiones políticas.

Los intereses nacionales son permanentes a lo largo del tiempo histórico, por lo que la lucha de los partidos políticos y agrupaciones sociales debería centrarse en la mejor manera de llevar a cabo dichos intereses

Estos intereses se expresan en diversos planos. En el orden internacional, se traducen en la defensa de la soberanía política, territorial y económica. Internamente, incluyen la seguridad de los habitantes, de las fronteras y de las instalaciones estratégicas. En lo económico, buscan consolidar la independencia y el bienestar de la población. En lo social, se enfocan en la mejora de la salud, la educación y la preservación del medio ambiente. Finalmente, en el plano jurídico y constitucional, exigen la discusión permanente del ordenamiento legal y la adecuada sujeción de mayorías y minorías a la Constitución.

En contextos de crisis o conflicto, emergen los intereses nacionales vitales, aquellos cuya afectación puede comprometer decisivamente la vida del Estado. El acceso al agua dulce, la energía y los alimentos son ejemplos claros: su disponibilidad condiciona la estabilidad interna y la capacidad de la Argentina para interactuar con otros actores internacionales sin quedar atrapada en crisis de alcance estratégico.

Fotografía: Kaloian Santos | Triple Frontera entre Paraguay, Argentina y Brasil.



De todo ello surge un conjunto de prioridades que orientan la acción del Estado en distintos planos.

Los intereses de la nación se expresan, en el plano geopolítico y estratégico, en la defensa de su integridad territorial y en asegurar recursos esenciales, como el agua dulce y la libertad de acceso al Río de la Plata. La provisión de energía —hidrocarburos, hidroelectricidad y energía atómica— y la presencia permanente en el Atlántico Sud-occidental, incluyendo la plataforma submarina, el talud continental y las Islas Australes, son factores críticos para consolidar la soberanía. La Argentina también debe sostener su presencia en la Antártida, fortalecer la política de desarrollo aeroespacial y mantener Fuerzas Armadas modernas, con capacidades suficientes para repeler agresiones y respaldar los instrumentos de defensa, incluida la ciberdefensa. La recuperación de la soberanía sobre las Malvinas y la implementación de políticas demográficas que corrijan desequilibrios regionales completan este eje estratégico.

En el plano cultural, los intereses nacionales se orientan a afianzar la identidad del país, reforzando raíces culturales y asegurando un equilibrio poblacional que contemple la diversidad social, étnica y religiosa, así como los derechos humanos fundamentales. La ocupación de las regiones semivacías, la promoción de una estructura social más equilibrada, la educación masiva y de calidad y la erradicación de la pobreza constituyen piezas fundamentales de un proyecto de nación inclusivo. La ciencia y la investigación aplicada a la realidad argentina, junto con el desarrollo de tecnologías adecuadas a nuestra estructura socioeconómica, buscan consolidar una sociedad del conocimiento que potencie la autonomía nacional. La distribución equilibrada del ingreso, la conectividad fluida entre regiones, la reparación de la infraestructura ferroviaria, la recuperación de la flota mercante y la aspiración a mantener a la Argentina integrada en los circuitos políticos, económicos y tecnológicos globales, configuran la base de un país que busca autonomía y crecimiento sostenido. Todo esto integra el terreno económico, en el cual los intereses se centran en evitar el estrangulamiento del desarrollo de la economía y garantizar reservas estratégicas, abastecimiento de insumos críticos y un replanteo de la coparticipación federal y del sistema tributario.

Finalmente, en el plano internacional y regional, la estabilidad política y económica de los países vecinos, la participación equilibrada en el MERCOSUR y la Alianza del Pacífico, la integración en políticas definidas por la ONU y la coordinación estratégica con Chile en el Atlántico Sur y la Antártida fortalecen la posición de la Argentina como puente sudamericano entre Atlántico y Pacífico, ya que consolidan el Cono Sur como un espacio de seguridad y desarrollo compartido.

Estos intereses nacionales no agotan el espectro de la acción del Estado: cada época histórica puede agregar nuevos elementos a la agenda política de la nación. Lo esencial es que, independientemente de los gobiernos o de los ciclos políticos, la defensa de estos pilares estructurales se mantenga como brújula para la estrategia de largo plazo.

Hacia 2050, la Argentina enfrentará desafíos concretos en la proyección de su soberanía y sus capacidades estratégicas. La protección del Atlántico Sur y la Antártida, la garantía de recursos críticos —agua, energía, alimentos— y el desarrollo de infraestructura científica y militar son tareas que requieren definición clara y continuidad más allá de los ciclos políticos. No se trata de elaborar declaraciones formales, sino de articular acciones concretas que integren la geopolítica, la economía, la ciencia y la demografía en un proyecto coherente. La consolidación de capacidades tecnológicas y militares, la investigación estratégica en territorios extremos y la articulación regional con países vecinos son instrumentos que sostienen la independencia y fortalecen la posición de Argentina frente a actores externos.

La gran cuestión para el siglo XXI no es retórica: **¿cómo transformar los intereses nacionales permanentes en políticas sostenibles y efectivas?** La respuesta dependerá de la capacidad de las distintas generaciones de dirigentes y ciudadanos de construir un plan estratégico que no se limite al corto plazo, que proteja los recursos vitales y que asegure la relevancia del país en su región y en el escenario internacional. La planificación estratégica, el conocimiento de los territorios y la consolidación de capacidades son hoy, más que nunca, condiciones para que la Argentina sea un Estado capaz de decidir sobre su propio destino.



EDUCAR EN DEFENSA

Por Julio César **Spota**, Rector de la Universidad de la Defensa Nacional

Si lo estratégico apunta al largo plazo y persigue la generación de condiciones óptimas para la preservación y promoción de lo más relevante para un actor, la Educación (con mayúscula) se revela como el ámbito estratégico por excelencia. Máxime cuando pensamos en un país. Ya lo dijo Sarmiento. La tarea suprema, la responsabilidad máxima de un estado, consiste en Educar al Soberano. Es en la apuesta por la ciudadanía donde palpita la posibilidad de superación nacional. En definitiva, Argentina será tan grande como la capacidad, destreza e inteligencia de los argentinos. Ni más ni menos. Por tal motivo el desarrollo de la educación de calidad en las áreas sustantivas del quehacer público reviste relevancia creciente a la luz de los desafíos geopolíticos delineados en el horizonte internacional. Atravesamos una época convulsionada y los viejos paradigmas pierden vigencia con velocidad de vértigo.

Debemos adecuarnos a los nuevos escenarios con objeto de capitalizar las oportunidades que se nos abren, mitigar los riesgos que se nos imponen y, como un todo, convertirnos en artífices de nuestro propio destino.

Pensar la Educación en Defensa Nacional implica un reto intelectual y práctico de proporciones tan magnas como las responsabilidades que pesan sobre la cartera. Recordando que según la Ley 23.554 la Defensa Nacional es “la integración y acción coordinada de todas las Fuerzas de la Nación” en procura de disuadir y repeler cualquier agravio de origen exterior contra los Intereses Vitales de la Nación, la pregunta consiguiente es “¿cómo?”. El interrogante no es ingenuo. En la cuestión planteada en una simple palabra converge la complejísima articulación del diseño del instrumento militar del futuro, la adquisición y desarrollo de las capacidades militares requeridas por los desafíos del mañana, la diplomacia practicada por canales uniformados en entornos inciertos, el despegue científico-tecnológico del complejo militar industrial argentino y la modernización de nuestra inteligencia estratégica-militar. Pero como si todo ello fuera poco, la Educación juega un rol preponderante en la confección del sistema de Defensa. ¿Por qué? Porque si la República Argentina será tan grande como la capacidad de sus ciudadanos, naturalmente nuestra Defensa Nacional será tan eficaz como la capacidad de sus protagonistas políticos, administrativos y militares. Ni más ni menos.

La existencia de la Universidad de la Defensa Nacional (UNDEF) obedece a una perspectiva de conjunto enderezada hacia la máxima profesionalización de los cuadros que se desempeñan en la Defensa Nacional. En su carácter de institución más encumbrada en el sistema de Educación en Defensa, conduce los procesos administrativos y burocráticos que le dan soporte a las funciones sustantivas consagradas por la Reforma Universitaria de 1918 para las Universidades Nacionales: Docencia, Investigación y Extensión. Compuesta por ocho unidades académicas y el rectorado, con despliegue territorial en diferentes jurisdicciones y ofreciendo carreras de pregrado, grado y posgrado tanto para civiles como para militares, la UNDEF ha logrado posicionarse como una referencia indiscutida en el panorama académico internacional. Ello a pesar de los estropicios ocurri-

dos por quienes venían a “poner a Argentina de pie”. Y sin por ello dedicarle más atención que la mínima indispensable, cabe señalar algunos elementos diagnósticos verificables para tomar dimensión del desmanejo obrado en un elemento estratégico como el que nos atañe.

Al asumir como rector de la UNDEF el 31 de enero de 2024 nos encontramos con una composición de lugar colapsada. Acaso el indicador más elocuente del desbarajuste lo reporte una ratio presupuestaria. Tradicionalmente las Universidades Nacionales organizan su estructura de gastos conforme una ratio de 85/15, siendo la primera cifra el porcentaje que representa el volumen total de sueldos dentro del presupuesto general y el otro 15 el caudal de esfuerzo pecuniario que insume todo el resto de las actividades. Para nuestra sorpresa nos topamos con que esa misma ratio en el rectorado (que incluye administrativamente a la Facultad de la Defensa Nacional) era de 97/3. O sea, el 97% de lo que ingresaba en las arcas estaba comprometido en remuneraciones. En otras palabras, el rectorado y la Facultad de la Defensa Nacional se habían transformado en una suerte de cajeros automáticos sin ofrecer por ello prestaciones educativas al público en general, ya que con el 3% restante no se podían siquiera afrontar los gastos corrientes (luz, agua, gas, conexión a internet, etc.). Y de la investigación y la extensión, ni hablemos.

Lo dramático de la circunstancia trascendía la parálisis catatónica en la que el kirchnerismo sumió a la UNDEF. Antes de su salida del poder, intentaron copar la estructura administrativa para generar conatos de resistencia interna a la conducción recién llegada. Por fortuna, la razón, la legalidad y la legitimidad nos asistían. Pero el factor determinante en el ordenamiento institucional lo reportó el compromiso espontáneo del grueso de los empleados quienes, más allá de su sentir político privado, en todo momento priorizaron el respeto al lugar de trabajo y optaron por dar lo mejor de sí. Incluso cuando todo invitaba a no hacerlo. Porque durante el cuarto kirchnerismo en la UNDEF el personal trabajaba de lunes a jueves y, para mayor escándalo, una proporción importante del mismo ni siquiera se hacía presente en el lugar de trabajo, porque vivían en las provincias de Santa Fe, Córdoba y Misiones. La explicación recibida

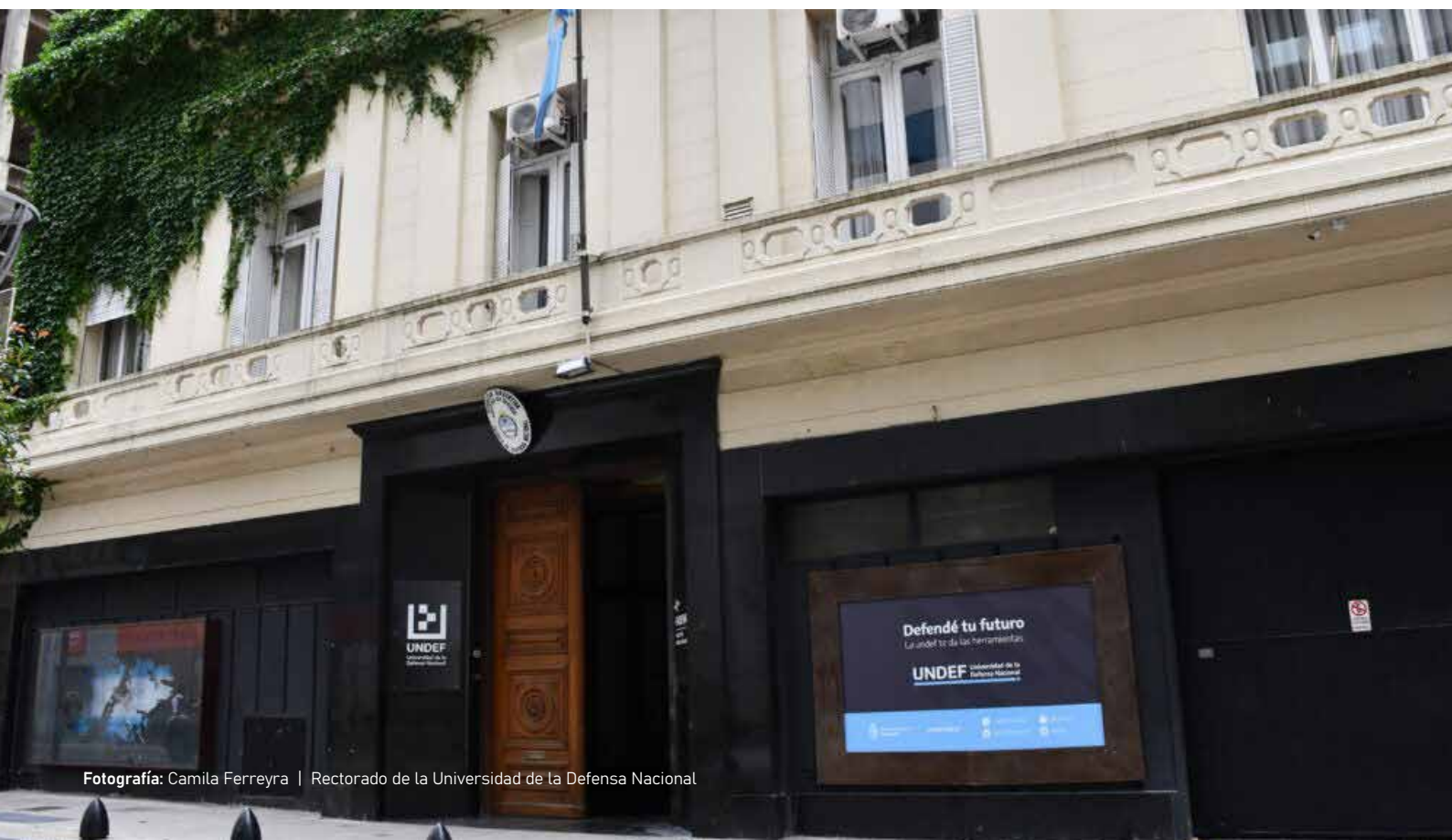
ante tamaña irregularidad era alegar “la pandemia” –que había concluido hacía más de tres años– y exigir la continuidad del “teletrabajo”, aunque las condiciones de contratación estipulaban la lisa y llana presencialidad.

A sabiendas del amplio espectro de desbarajustes que afligían a la UNDEF en los albores de 2024, teníamos muy en claro que nuestra ciudadanía merecía mucho más que un reporte de problemas. La República Argentina exigía un curso de acción conducente a la sustanciación de sus anhelos en cada ámbito de la cosa pública. Por ese motivo autoevidente, que a cada paso el populismo lucha por contravenir, la gestión de la UNDEF orientó sus esmeros hacia la racionalización del entramado institucional, el ordenamiento jurídico-administrativo de los asuntos internos y la ampliación de la oferta educativa con eje en la Defensa Nacional. Podría parecer redundante mencionar que la UNDEF debe abocarse a asuntos de Defensa Nacional si no fuera porque el kirchnerismo puso énfasis en la política de género y las relaciones cívico-militares. En otras palabras, se ocupó de todo menos de la Educación en Defensa Nacional.

Porque si bien la equidad entre hombres y mujeres es un noble principio a alcanzar, de ninguna manera

puede constituirse en el epicentro de los denuestos de la UNDEF. Y detrás de la narrativa de las relaciones cívico-militares lo que se asomaba era la furibunda prédica condenatoria del compromiso de los militares del presente a causa de las tragedias de los militares en el pasado. En concreto, el kirchnerismo bregó, y casi consiguió, destruir el sistema de Defensa detrás de la idea que los militares son intrínsecamente golpistas. Semejante sinsentido sólo podía permear las mentes de una minoría hiperideologizada. Pero la ciudadanía siempre supo que las FF.AA. velan por nuestra Patria, que los hombres y mujeres de uniforme son acérrimos defensores de la Constitución Nacional y que el pasado es una fuente de aprendizaje para y no una condena contra las generaciones futuras.

Por ello desde 2024 nos dedicamos a reforzar y expandir la oferta académica de la UNDEF promoviendo la Defensa Nacional, la Estrategia y la Geopolítica como ejes temáticos de nuestra gestión. Fruto de ese afán se modificaron 17 planes de estudio, se fundó el Instituto Interdisciplinario de Investigación en Defensa Nacional General Lucio V. Mansilla y el Instituto de Investigación en Inteligencia Estratégica Dr. Bernardo de Monteagudo, se comenzó con el Profesorado Universitario a Distancia destinado a los docentes



civiles y militares de la UNDEF y se crearon tres carreras de grado en la FADENA. El diseño, implementación y convocatoria a inscripción en los trayectos formativos innovadores en 2024 se tradujo en la aparición de las primeras cohortes de la Licenciatura en Defensa Nacional, Licenciatura en Ciberdefensa y Licenciatura en Gestión Pública en 2025. Semejante irrupción en el campo universitario produjo un interés generalizado dada la originalidad de las titulaciones, la empleabilidad de los perfiles de los graduados y la federalización de su acceso gracias a la modalidad online de la cursada. El atractivo de las propuestas resulta palpable en las más de tres mil solicitudes de preinscripción, las 1461 inscripciones efectivas y los aproximadamente mil alumnos activos al día de la fecha. La contribución demográfica del estudiantado de grado en la FADENA implicó un aumento cercano al 11% del alumnado total de la UNDEF.

En paralelo se auspició el Seminario “Voces de Malvinas en la UNDEF. Memorias para la Defensa Nacional”, donde se recopilan los testimonios de los veteranos como parte de una moción integral de investigación y extensión practicada en aras de fortalecer la memoria colectiva sobre la Gesta de 1982. También se internacionalizaron los vínculos con los países amigos, recuperaron lazos interinstitucionales que habían sido desatendidos, adjudicaron distinciones a los docentes destacados, confirieron becas a los estudiantes con mejores promedios en los primeros años de cada cursada y muchas otras actividades regidas por el estricto criterio de la meritocracia. Todo ello, y mucho más que por economía de espacio debe quedar por fuera de la presente exposición, al abrigo de un axioma de transparencia. La vocación por la claridad y el manejo riguroso de los recursos estatales nos movió a crear un área de transparencia que a través de su flamante Portal de Transparencia pone a disposición de la ciudadanía, del Soberano, toda, absolutamente toda, la información relativa a la UNDEF.

Todavía nos hallamos en una instancia provisoria como para practicar un balance de gestión y de ninguna manera conviene adelantar logros que al día de la fecha permanecen en estado de expectativa. Pero es una esperanza fundada en evidencia suponer que en menos de un lustro Argentina tendrá sus primeros licenciados en Defensa Nacional, Ciberdefensa y Gestión Pública para abastecer de forma profesional

las necesidades del sistema de Defensa, Inteligencia, Seguridad y Política Exterior. Sin embargo, el Estado Nacional dista de revelarse como el único ámbito de inserción laboral para nuestros graduados. Muy por el contrario, el mercado incluso los requerirá en mayor cuantía. Máxime dada la demanda creciente de dichos especialistas en las empresas de proyección global que en nuestro país se multiplican al compás de la creatividad y empuje que caracterizan a nuestra población.

Educación en Defensa Nacional es contribuir a la protección de nuestros Intereses Vitales desde un eminente costado estratégico. Apostar por Argentina es hacerlo por los argentinos. Velar por la Soberanía, la Independencia, la Integridad Territorial, la Capacidad de Auto-determinación y la Vida y Libertad de nuestros Habitantes significa cumplir con el imperativo existencial consagrado en el Preámbulo de la Constitución Nacional: Proveer a la Defensa Común. En suma, pensar la Argentina del mañana exige intervenir en el país de hoy con miras a configurar un futuro deseado. Desde la UNDEF estamos convencidos de que vale la pena creer en nosotros mismos. Esa es la verdadera clave de nuestro porvenir. Y lo alcanzaremos merced del orgullo, compromiso y dedicación de los hombres y mujeres que del alba al anochecer sienten palpar en sus corazones los colores del emblema patrio con la irrefrenable pasión que nos hace ser argentinos. 

SAIGÓN, 8 DE MAYO. CORRERÁ MUCHA SANGRE

Por Luciano **Zaldarriaga**, coordinador editorial de la Revista FORTÍN\

Sobre una página en blanco, en la vieja Olivetti de Ignacio Ezcurra, descansaba esa oración inconclusa. Un colega de France-Press la encontró al irrumpir en una habitación desierta, con papeles revueltos y la atmósfera de una partida abrupta. La periodista italiana Oriana Fallaci, quien también se encontraba en Vietnam como corresponsal de guerra, describió la habitación de Ezcurra: “La habitación de alguien que ha salido apresuradamente para volver enseguida.” Pero Ignacio no volvió. “Correrá mucha sangre...”. Esas palabras revelan, no solo su urgencia de contar, sino el silencio inicial que sembró su desaparición: se lo tragó la guerra.



Nacido en San Isidro, en una familia con linaje histórico que conectaba con Juan Manuel de Rosas y Bartolomé Mitre, Ezcurra comenzó su carrera en La Nación a los 22 años, escribiendo avisos clasificados. Pero su espíritu inquieto y su curiosidad lo llevaron a explorar el mundo: atravesó el continente americano a dedo de pé a pá, recorrió en moto Brasil y Perú, y documentó los matices del “Black Power” en Estados Unidos en los años 60.

Su pasión por la fotografía y su mirada sensible convertían cada nota en un retrato personal, y no tardó en definirse como un periodista que buscaba comprender a la humanidad en todas sus facetas.

A pesar de tener un matrimonio reciente y una hija pequeña, y otra en camino, Ezcurra decidió que debía ir a Vietnam. A su madre le confesó: “Quiero ir y traer la verdad.” Y eso hizo. Desde su llegada, la guerra se presentó apabullante: helicópteros que rugían sobre arrozales casi sumergidos, aldeas consumidas por el fuego, techos de paja humeantes y caminos llenos de escombros. Soldados arrastrando pies cubiertos de barro y sudor, aldeanos que escondían a los niños bajo mantas sucias, miradas fijas llenas de miedo y desconfianza. Cada vuelo, cada calle, cada contacto humano era un recordatorio brutal de la vulnerabilidad y, al mismo tiempo, de la resistencia silenciosa que atraviesa los conflictos.



Un soldado de origen mexicano le recomendó un valle donde “todavía hay historia para contar”. Allí descendió en helicóptero, entre explosiones cercanas, para sentir la guerra desde adentro. Comprendió entonces que el periodismo no es solo mirar, sino estar dispuesto a que la historia te mire y te ponga a prueba.

Saigón ofrecía otro tipo de riesgo. Cholon, el barrio chino, con fachadas agujereadas por disparos y niños jugando entre cuerpos cubiertos por mantas, era un microcosmos de la guerra. Calles donde el comercio se mezclaba con la violencia, donde la vida y la muerte convivían a pocos pasos. Allí, Ezcurra se movía ligero, sin casco ni chaleco, con la libertad y el coraje de quien quiere retratar la realidad sin intermediarios. El 8 de mayo de 1968, mientras colegas lo acompañaban en un jeep, pidió que lo dejaran en

medio de la ciudad. Y se desvaneció entre las sombras del conflicto.

Palabras que revelan su visión del periodismo como compromiso moral y humano. No se trataba solo de documentar hechos: era un deber ético, una entrega absoluta a la verdad y a quienes no tenían voz. Años después, Sara Gallardo, escritora y periodista argentina, seleccionó sus crónicas en el libro *Hasta Vietnam*, donde se reúnen relatos que van desde las noches en Machu Picchu hasta la guerrilla salvadoreña, pasando por los matices del poder y la lucha social en Estados Unidos.

Allí se aprecia su estilo: un periodismo humanista, apasionado por la verdad y atento a la vida de los demás, que no se conforma con enumerar hechos, sino que los interpreta y los hace sentir.

**LA GUERRA NO
SE COMPRENDE
DESDE LA DISTANCIA:
SE VIVE, HUELE, SIENTE
Y SE TRANSMITE
CON INTENSIDAD**

Manuel Mujica Láinez escribió que, a pesar de haber visto tanto, Ezcurra conservaba “candor y lozana pureza espiritual”.

Hoy, leer sus crónicas es caminar con él por los arrozales de Vietnam, sentir el rugido de los helicópteros, el miedo de los soldados y la resiliencia de los civiles. Es entender que el periodismo puede ser heroico, delicado, temerario y profundamente humano al mismo tiempo. Y que, aunque algunos periodistas no regresen, su mirada sigue acompañándonos, recordándonos que la verdad no espera: se busca.

Ignacio Ezcurra murió joven, con apenas 28 años. Pero su vida y su trabajo permanecen como un recordatorio firme: la curiosidad, la valentía y la humanidad pueden ser armas más poderosas que cualquier guerra.

Su legado trasciende el periodismo: es un legado ético, la entrega total a un ideal de conocimiento y humanidad. Porque la guerra, como él sabía, no se comprende desde la distancia. Se vive, se huele, se siente, se cuenta, y se transmite con la intensidad de quien está dispuesto a todo por comunicar. Su mirada, incluso ausente, sigue enseñando que la verdad exige coraje y proximidad. 



Revista FORTÍN\

STAFF

David **Zeigner**, dirección general
Sebastián **Zaccarí**a, dirección editorial
Luciano **Zaldarriaga**, coordinación editorial
Camila **Ferreya**, fotografía
Laxmi **Asnani**, asistencia de redacción
María **Cordini**, diseño

CONSEJO EDITORIAL

Julio César **Spota**
Hernán **Isasmendi**
Verónica **Mulle**
Daniel **Esteban**
Alberto **Costamagno**

FORTÍN\ ES UNA PUBLICACIÓN MENSUAL DE LA
UNIVERSIDAD DE LA DEFENSA NACIONAL.
AÑO 1, NÚMERO 2 - 2025
MAIPÚ 262, CIUDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES, ARGENTINA.
WWW.UNDEF.EDU.AR/FORTIN | REVISTA.FORTIN@UNDEF.EDU.AR